

Teresa de la Parra

IFIGENIA

*Diario de una señorita
que escribió porque
se fastidiaba*

*edición de
Elizabeth Garrels*

© - STOCKCERO - ©

Copyright prefatory remarks, foreword, bibliography & notes © Elizabeth Garrels
of this edition © Stockcero 2008
1st. Stockcero edition: 2008

ISBN: 978-1-934768-12-9

Library of Congress Control Number: 2008929551

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA

Primero quisiera reconocer el trabajo durante el otoño de 2006 del entonces estudiante de pregrado en MIT, Gerardo Trejo, quien fue mi asistente de investigación para este proyecto, bajo el programa de UROP (Undergraduate Research Opportunities Program, MIT). Su contribución a la consecución de bibliografía y su diálogo conmigo sobre la información accesoria que le podría ayudar a un futuro lector universitario en la comprensión y aprecio de la novela me resultaron imprescindibles.

Además, quisiera agradecer la generosidad de tres venezolanas quienes, entre las tres, me consiguieron y me trajeron un libro sobre *Ifigenia* imposible de conseguir aquí. Son la escritora Margara Russotto, también Profesora de Literatura Hispanoamericana y del Caribe en la Universidad de Massachusetts, Amherst, la escritora Yolanda Patín y la editora Angelina Jaffé.

Finalmente, quisiera dedicar esta edición a la memoria de las dos hermanas Larralde Alice Lander y Raquel Rodríguez, ambas amantes de los libros.

INDICE

ADVERTENCIA	IX
PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN.....	XI
<i>I. La trama de Ifigenia</i>	xiv
<i>II. Dos espacios urbanos: París y Caracas</i>	xx
<i>III. Las experiencias europeas de Teresa de la Parra y de María Eugenia Alonso, la recepción de la novela Ifigenia durante la vida de la autora y otros datos biográficos</i>	xxvi
<i>IV. La estructura de la novela y su mezcla de géneros literarios</i>	xxxii
<i>V. Sobre el desenlace de Ifigenia</i>	xl
OBRAS CITADAS	XLVII
BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA DE LECTURAS RECOMENDADAS SOBRE IFIGENIA	LI
IFIGENIA POR TERESA DE LA PARRA	LIII
<i>(Prólogo a la 1a. edición, de 1924, y a la 2a., de 1928.)</i>	
PRIMERA PARTE	
<i>Una carta muy larga donde las cosas se cuentan como en las novelas</i>	3
SEGUNDA PARTE	
<i>El Balcón de Julieta</i>	
CAPÍTULO I	83
<i>Remitida ya la interminable carta a su amiga Cristina, María Eugenia Alonso resuelve escribir su diario. Como se verá, en este primer capítulo, aparece por fin la gentil persona de Mercedes Galindo.</i>	
CAPÍTULO II	91
<i>En donde María Eugenia Alonso describe los ratos de suave contemplación pasados en el corral de su casa y en donde a su vez aparece también Gabriel Olmedo.</i>	
CAPÍTULO III	103
<i>De cómo una mirada distraída llega a desencadenar una horrible tormenta, la cual, a su vez, desencadena grandes acontecimientos.</i>	
CAPÍTULO IV	147
<i>En donde se espera, y se espera, conversando con una rama de acacia, y con unos cuantos floridos bejucos de bellísima.</i>	

CAPÍTULO V	155
<i>Aquí, María Eugenia Alonso, sentada en un peñasco, se confiesa con el río; el río le da consejos, y ella, obediente y piadosa decide seguirlos todos al pie de la letra.</i>	
CAPÍTULO VI	173
<i>Un aguacero, una carta, y una tarde viajera, que cual un camino, se desliza, serpentea y se pierde en el pasado.</i>	
CAPÍTULO VII.....	195
<i>¡Supremum vale!...</i>	
TERCERA PARTE	
<i>Hacia el puerto de Aulide</i>	
CAPÍTULO I	201
<i>Después de dormir profundamente durante largos meses, una mañana, del fondo de un armario, entre lazos, encajes y telas viejas, se ha despertado de golpe la verbosidad literaria de María Eugenia Alonso. Héla aquí restregándose los ojos todavía.</i>	
CAPÍTULO II	237
<i>Luego de navegar tres días en la carabela de su propia experiencia, María Eugenia Alonso acaba de hacer un descubrimiento importantísimo.</i>	
CUARTA PARTE	
<i>Ifigenia</i>	
CAPÍTULO I	251
<i>Un lunes en la madrugada</i>	
CAPÍTULO II	255
<i>El martes en la madrugada</i>	
CAPÍTULO III	259
<i>El miércoles al mediodía</i>	
CAPÍTULO IV	271
<i>En la noche del miércoles al jueves</i>	
CAPÍTULO V	279
<i>En la noche del jueves al viernes</i>	
CAPÍTULO VI	289
<i>En la madrugada del sábado</i>	
CAPÍTULO VII.....	299
<i>El mismo sábado a las doce de la noche</i>	
CAPÍTULO VIII.....	305
<i>La carta de Gabriel</i>	
CAPÍTULO IX	315
<i>El lunes siguiente al caer de la tarde</i>	
UNAS PALABRAS MÁS SOBRE <i>Ifigenia</i>	343
<i>(Epílogo a la 2a. edición, de Francis de Miomandre)</i>	

ADVERTENCIA

Esta edición está basada en la segunda edición de *Ifigenia*, revisada y publicada por la autora, en 1928 y en París, en la editorial de I.H. Bendelac. Esta segunda edición contiene trozos suprimidos y otros agregados respecto a la primera, que también se había publicado en París, pero cuatro años antes, en 1924, en la Casa Editorial Franco-Iberoamericana. Los trozos suprimidos y añadidos nunca van mucho más allá de un solo párrafo, y el mayor número de los cambios tiene que ver con palabras eliminadas o sustituidas por otras. Al revisar su novela para la reedición, Teresa de la Parra no cambió nada fundamental.*

Se ha decidido aquí por la segunda edición por las siguientes razones. Sólo en la segunda aparecen datos que nos permiten establecer las fechas en que la protagonista María Eugenia Alonso pasa sus tres meses de libertad y despilfarro en París, en que llega de regreso a Caracas, en que conoce a Gabriel Olmedo y en que fija el día de su boda. Considero que esto es importante porque nos permite reconstruir el fondo histórico tanto internacional como nacional de la historia personal de María Eugenia. Además, es interesante notar que en esta segunda edición suya (a diferencia de la primera), Teresa de la Parra emplea un procedimiento temporal parecido al empleado en su segunda y última novela, *Las memorias de Mamá Blanca* (1929). En ambos textos, dicho procedimiento crea las condiciones para que el lector atento y activo aproveche ciertos indicios, generalmente presentados como información prescindible, para poder determinar las fechas de la acción y así enriquecer los significados que va generando su lectura de la novela.

Hay, también, otras dos razones que justifican adoptar la segunda edición en vez de la primera. Teresa de la Parra produce esta segunda versión después

* Todos estos cambios han sido debidamente anotados en Jorge Gaete Avaria, «Registro de variantes, supresiones y adiciones en "Ifigenia"» en Teresa de la Parra, *Obra escogida*, I, editada por María Fernanda Palacios (Caracas: Monte Avila Latinoamericana y México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 485-504.

de haber procesado todas las críticas, alabanzas e interpretaciones de su novela que le llegaron durante los primeros cuatro años de su existencia. Como el lector de la presente edición verá en el *Prólogo*, la novela *Ifigenia* del '24 captó la atención de muchísimos lectores y suscitó polémicas de todo tipo. Por lo tanto, vale la pena preguntarse hasta qué punto las variantes, supresiones y adiciones que distinguen a la segunda edición, de 1928, pueden ser una reacción a las lecturas generadas por la primera edición, de 1924. El objetivo de la presente edición no ha sido, de ninguna manera, hacer una comparación exhaustiva de las dos versiones de la novela, pero sí se ha incluido en las notas al calce información selectiva sobre los cambios que considero relevantes al posible reajuste táctico por parte de la autora en la segunda edición. Finalmente, se ha anotado una supresión relevante al tema de la raza y los prejuicios raciales en la novela. En 1928, después de cinco años de residencia en Europa, Teresa de la Parra decide eliminar todas las instancias en que algún personaje en la primera edición usa el nombre «judío» como un insulto antisemita. Es curiosa esta decisión porque todo el resto del viejo discurso valorativo sobre las razas sigue en pie.

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

En mayo de 1931, la escritora Teresa de la Parra (1889-1936) le mandó el siguiente texto autobiográfico a un profesor de lengua española y literatura hispanoamericana que enseñaba en los Estados Unidos. Este se lo había pedido porque tenía proyectado publicar, para el mercado universitario norteamericano, una edición con Introducción, notas, ejercicios y vocabulario de su última novela, *Las memorias de Mamá Blanca*, que había salido dos años antes en París. En este breve texto para lejanos estudiantes de habla inglesa dedicados a aprender el español, Teresa de la Parra se presentaba así:

Nacida en Venezuela de una larga familia de seis hermanos, pasé casi toda mi primera infancia en una hacienda de caña de los alrededores de Caracas. Muchos de mis recuerdos de esa primera infancia están encerrados en *Las memorias de Mamá Blanca*. Huérfana de padre a los ocho años mi madre [sic] se trasladó junto con mi abuela materna a una provincia de España para hacer allí nuestra educación. Tanto mi madre como mi abuela pertenecían por su mentalidad y sus costumbres a los restos de la vieja sociedad colonial de Caracas. Por lo tanto mi segunda infancia y mi adolescencia se deslizaron en un ambiente católico y severo. Las procesiones de Corpus y Semana Santa, las Flores de María, fiestas de Iglesia, además de los paseos por el campo fueron casi los únicos espectáculos y reuniones que conocí entonces. Regresé a Venezuela a los 18 años. Pasé allí largas temporadas en el campo durante las cuales trataba de leer lo más posible. En Caracas me puse por primera vez en contacto con el mundo y la sociedad. Observé el conflicto continuo que existía entre la nueva mentalidad de mujeres jóvenes despiertas al modernismo por los viajes y las lecturas, y la vida real que llevaban, encadenadas por prejuicios y costumbres de otra época. Sin fe en tales prejuicios se dejaban sin embargo a todas horas dominar por

ellos, suspirando, sólo en deseo, por la independencia de vida y de ideas, hasta que llegaba el matrimonio que las hacía renunciar y las entregaba a la sumisión acabando por convertirlas a las viejas ideas gracias a la maternidad. Este continuo conflicto femenino con su final de renunciamiento me inspiró la idea de mi primera novela *Ifigenia*. La crítica que encierra contra los hombres y ciertos prejuicios hizo que en mi país la recibieran con algún mal humor. Algunos círculos ultracatólicos de Venezuela y Colombia creyeron ver en ella un peligro para las niñas jóvenes que la celebraban al verse retradas en la heroína con sus aspiraciones y sus cadenas. La novela fue atacada y defendida con gran exaltación en diversas polémicas, cosa que contribuyó a su difusión. En 1923 me trasladé a París en donde vivo desde entonces.

En 1928 escribí mi segundo libro *Las memorias de Mamá Blanca* que a la inversa de *Ifigenia* fue muy bien recibido por los tradicionalistas y con cierta decepción por las lectoras de *Ifigenia* que echaban de menos las ideas revolucionarias de María Eugenia Alonso, la heroína sacrificada a los prejuicios.

Actualmente me ocupo en estudiar la época colonial hispanoamericana sobre la cual quisiera escribir algún día.ⁱ

Lo primero que llama la atención en este texto autobiográfico es la evocación del lugar de nacimiento: Teresa de la Parra nació en París de padres venezolanos. La tensión entre Venezuela y Francia, entre Caracas y París, sería una constante en la vida de la escritora, y figura como tema importante en su primera novela, *Ifigenia*, de 1924. Lo segundo que llama la atención es que este texto preparado para encabezar su segunda novela habla muchísimo más de la primera. Hasta su temprana muerte de tuberculosis en 1936, la autora volvería a menudo a reflexionar sobre *Ifigenia*, sobre lo que había querido expresar en ella y lo que había aprendido de ella después de publicarla. Hay que recordar que, una vez publicada su novela, Teresa de la Parra inevitablemente se convertía en otra lectora de ella. A medida que iba madurando como persona y procesando las múltiples reacciones a su libro, su propia lectura, se puede sospechar, también habría ido evolucionando y enriqueciéndose. En este breve texto de 1931, vemos cómo querría interpretar su novela, para cierto público específico, unos ocho años después de haberla terminado de escribir.

En 1931, le quedaban a la autora apenas cinco años de vida. Sólo el año siguiente los médicos le confirmarían el diagnóstico de tuberculosis, contra la cual lucharía hasta sucumbir, el 23 de abril de 1936, en Madrid. *Las memorias de Mamá Blanca* fue la última novela que Teresa de la Parra escribió. Su proyecto sobre la época colonial hispanoamericana que había anunciado en su breve texto autobiográfico se fue concretando en un proyecto de biografía sentimental sobre Simón Bolívar, el llamado Libertador de más de la mitad de la Sudamérica hispana en las guerras de independencia de 1810 a 1824. De la

i «Nota autobiográfica,» en Teresa de la Parra, *Obra escogida*, editada por María Fernanda Palacios (México: Fondo de Cultura Económica, Monte Avila Latinoamericana, 1992), II, 106-7. Este texto le fue enviado al profesor colombiano Carlos García Prada en una carta fechada el 7 de mayo de 1931. La edición proyectada fue publicada en Nueva York, en 1932, por la editorial Macmillan.

Parra consideraba a Bolívar como casi un miembro de la familia porque éste había sido íntimo amigo, colaborador y aun lejano pariente de varios de sus antepasados. No llegó a escribir la biografía, y en sus últimos años sólo escribió cartas, notas de lectura y apuntes de agenda. Estos últimos, además de muchas de las cartas, ya han sido publicados.

En 1930, debido a su fama de autora de dos novelas muy conocidas en Hispanoamérica, fue invitada a dar una serie de conferencias en Colombia sobre su «persona, sobre la historia de...[su] vocación literaria y sobre...[sus] libros.»ⁱⁱ Ella decidió reformular los temas, y habló principalmente de otras mujeres en otras épocas —en la Conquista, la Colonia y la Independencia.ⁱⁱⁱ De los tres temas originalmente propuestos, sólo aceptó hablar —y esto, de manera breve— de sus dos libros. Y entre estas dos novelas, privilegió la primera, la que había suscitado la polémica y la controversia. Su segunda novela, como ya vimos que ella apuntaría el año siguiente en su breve texto autobiográfico, no había tenido una recepción controvertida, ni su tema se prestaba a ello.^{iv} Admitía abiertamente que rehuía los temas propuestos, y si no rehuía hablar de *Ifigenia*, era porque «la tesis» de esta novela, que definía como «...el caso crítico de la muchacha moderna,» sí le parecía «interesante y digno de tratarse por trascendental, por prestarse a discusión y por urgente de remediar» (684). Lo que decía después es, sin duda, la definición más clara que tenemos en sus propias palabras de su muy discutido feminismo.

«Mi feminismo es moderado,» insistía (686). Los «nuevos derechos que la mujer moderna debe adquirir» los debería conseguir «no por revolución brusca y destructora, sino por evolución noble que conquista educando y aprovechando las fuerzas del pasado...» (686). Ante su público, la escritora confesaba que no era «ni defensora ni detractora del sufragismo» (686). Es más, parecía detestar tanto «el oficio de políticos,» considerándolo «uno de los más duros y menos limpios que existen,» que decía que le asustaba y le aturdiría el reclamo de «que las mujeres tengan las mismas atribuciones y responsabilidades políticas que los hombres» (686).^v Los derechos que sí le parecían in-

ii «Tres conferencias,» *Obras completas de Teresa de la Parra* (Caracas: Editorial Arte, 1965), 681-82. De aquí en adelante, cuando se cita de estas conferencias, se indicará la página de la cita dentro del mismo texto y entre paréntesis.

iii Para una excelente discusión del contenido y punto de vista de estas tres conferencias, véase Richard Rosa y Doris Sommer, «Teresa de la Parra: America's Womanly Soul,» en *Reinterpreting the Spanish American Essay: Women Writers of the 19th and 20th Centuries*, ed. Doris Meyer (Austin: U. of Texas P., 1995), 115-24.

iv Para una discusión de la recepción de *Las memorias*, véase el tercer capítulo de Elizabeth Garrels, *Las grietas de la ternura: Nueva lectura de Teresa de la Parra* (Caracas: Monte Avila Editores, 1986).

v El sufragio (sin restricciones) de la mujer se consigue en Venezuela en 1946, diez años después de la muerte de De la Parra. Aquí una comparación selectiva de fechas puede resultar útil. La mujer consigue plenos derechos de sufragio en Finlandia, en 1906; en Noruega, en 1913; en Dinamarca e Islandia en 1915; en Rusia, con la revolución, en 1917; en Alemania y Austria, en 1918; en los Estados Unidos, en 1920; en el Reino Unido, en 1928; en España, con la Segunda República, en 1931, y en Francia, en 1944. En América Latina, en Ecuador, en 1929; en Uruguay, 1932; en Cuba, 1934; en la Argentina, 1947; en Chile, 1949; México, 1953; Colombia, 1954, y el Perú, Honduras y Nicaragua, 1955. «International Woman Suffrage Timeline.» 5 agosto 2007 <http://womenshistory.about.com/od/suffrage/a/intl_timeline.htm?p=1>.

dispensables eran el derecho a la educación y a la formación profesional y el derecho a la independencia pecuniaria «por su trabajo y su colaboración junto al hombre, ni dueño, ni enemigo, ni candidato explotable sino compañero y amigo» (685). Aclaraba que con «el trabajo,» no se refería «a los empleos humillantes y mal pagados, en los que se explota inicualemente a pobres muchachas desvalidas» (685), sino al «trabajo con preparación, en carreras, empleos o especializaciones adecuadas a las mujeres, y remuneración justa, según sean las aptitudes y la obra realizada» (685-86).

Obviamente, la autora quería que estas aclaraciones se tomaran en cuenta al leerse su *Ifigenia*. Entre ellas, hay un pasaje en particular que, a pesar de su extensión, merece reproducirse aquí, en parte por lo que puede contribuir a nuestra lectura del desenlace tan inquietante y controvertido de la novela:

La crisis por la que atraviesan hoy las mujeres no se cura predicando la sumisión....La vida actual...no respeta puertas cerradas....Para que la mujer sea fuerte, sana y verdaderamente limpia de hipocresía, no se la debe sojuzgar frente a la nueva vida, al contrario, debe ser libre ante sí misma, consciente de los peligros y de las responsabilidades, útil a la sociedad, aunque no sea madre de familia, e independiente pecuniariamente por su trabajo y su colaboración junto al hombre....misticismo, sumisión y pasividad impuestas [sic] a la fuerza, porque sí, por inercia de la costumbre, produce [sic] peligrosas reacciones silenciosas, despierta [sic] el odio a la cadena...y agría [sic] las almas que en su apariencia de paz tomando donde pueden sus represalias, acaban por hacerse sepulcros blanqueados. (685)

I. LA TRAMA DE *Ifigenia*

Hacia principios de 1921, una joven venezolana de diez y ocho años regresa a su país después de una larga residencia en París. El motivo de su regreso es la muerte de su padre acaecida unos tres meses antes en Francia. Ya que, doce años atrás, el abandono de Venezuela de parte de ella y su padre había sido ocasionado por la muerte de la madre de la niña, ahora la adolescente María Eugenia Alonso regresa a su país natal huérfana de sus dos padres. Durante los muchos años en París, había sido una niña muy protegida por ayas, primero, y después, en los últimos diez años, por las monjas del Colegio del Sagrado Corazón, donde había estudiado como interna. Las vacaciones las había pasado en compañía de su padre rentista, acomodado, mundano y siempre viudo sin volverse a casar, y también, más recientemente, de una querida compañera de colegio, también huérfana de madre.

A la muerte de su padre, María Eugenia se cree independientemente rica, o por lo menos única heredera de su padre, quien en Francia siempre había vivido bien, en su propio apartamento parisino, pagándose generosos veraneos

en balnearios prestigiosos y dándole a su hija todo cuanto necesitaba materialmente, incluyendo su buen colegio de pago. Así que cuando, desde su verano en Biarritz, volvió a París para reunirse con la familia venezolana que la acompañaría de regreso a La Guaira (el puerto de mar de Caracas), no lo pensó dos veces cuando le pasaron la cantidad de 50.000 francos y le dijeron que suponían que eran para «gastos de *toilette* y de bolsillo.»^{vi} A mediados de septiembre de 1920, 50.000 francos valían aproximadamente 3.300 dólares; a mediados de diciembre, por las fluctuaciones de la posguerra, aproximadamente 2.959 dólares. En dólares de 2005, estas dos cantidades tendrían el valor aproximado de \$36.010 y \$32.280, respectivamente. Contando con ser la nueva dueña de la hacienda San Nicolás situada cerca de Caracas, propiedad cuyas rentas habían mantenido a ella y su padre durante sus largos años en Francia, María Eugenia decidió que quería volver a Venezuela convertida, de la tímida colegiala que había sido hasta entonces, en una mujer elegantísima vestida a la última moda de París. Así que dedicó los tres meses de espera mientras su familia chaperona se preparaba a partir, a salir sola a las calles de París por primera vez en su vida y a gastar los 50.000 francos casi completos en ropa de *haute couture* y en regalos para todos los parientes en Caracas a quienes no había visto en doce años. Los últimos francos los gastó cuando el transatlántico hizo escala en La Habana, y al llegar a La Guaira y ser recogida por dos tíos, una tía y varios primos, se quedaba sin un solo centavo en su bolsa elegante comprada en París.

¡Vaya su espanto al aprender pocos días después que esos 50.000 francos habían sido toda la herencia de su padre! Según su tío Eduardo, quien ahora era su tutor y quien había sido el apoderado de su padre y el gerente de San Nicolás durante su larga ausencia, por los despilfarros de su padre y por los muchos ahorros e inversiones del tío, éste ahora quedaba como único dueño legítimo de San Nicolás. Su padre, parece, había muerto sin dejar testamento, y a la hora de liquidar las cuentas, el tío Eduardo Aguirre, hermano de su madre, se había quedado con todo.

Este es el tremendo dilema de la joven María Eugenia Alonso que genera la trama de toda la novela. Cuando ésta comienza, ella ya está al tanto de su nueva situación: ahora es una huérfana menor de edad y súbitamente empobrecida. Para peor, se encuentra en un país que le resulta extraño, donde casi no conoce a nadie más que a la propia familia, y ahora está totalmente dependiente de la voluntad de su tío materno, rapaz, tradicional, en fin, todo lo contrario a su padre cosmopolita, indulgente y chistoso. Además de su tío, casado con una verdadera arpía, depende de su abuela materna, buena gente y cariñosa pero muy chapada a lo antiguo. El tradicionalismo de ésta incluye su orgullo de pertenecer a «lo mejor» de la sociedad caraqueña, compuesta por familias muchas de ellas venidas a menos pero todavía terriblemente conscientes de descender de los padres de la patria y de la aristocracia criolla de la

vi Teresa de la Parra, *Ifigenia*. p. 8. De ahora en adelante, todas las citas de *Ifigenia* serán de la presente edición, y las páginas se anotarán entre paréntesis dentro del texto.

época colonial. Su abuela, en cuya casa vive, ni en sueños concibe que María Eugenia pudiera conseguir un trabajo o asistir a la Escuela Normal de Mujeres para formarse como maestra. Tampoco le pasaría por la cabeza que pudiera asistir a la Universidad Central de Caracas, clausurada la mayoría de los años entre 1912 y 1925 por su oposición al gobierno y además casi exclusivamente masculina en las primeras décadas del siglo.^{vii} Según Abuelita, trabajar no había sido admisible para las señoritas decentes de su época, y no lo podía ser tampoco para las auténticas señoritas decentes de ahora, cuyo número, precisaba, iba vertiginosamente en descenso en estos tiempos de acelerado cambio social y económico.

Debido a la intransigencia de su abuela, siempre aconsejada por el tío Eduardo y su odiosa mujer, el futuro de María Elena se ve reducida a casarse bien, es decir, casarse con alguien que tenga dinero. Al principio, no se conforma, y sobre todo, se aburre en la casa de su abuela, ya que ésta impone tantas restricciones y desconfía de tantos aspectos de la modernidad, por ejemplo, el cine, el lápiz de labio y, en particular, los efectos sociales de la democracia. De allí viene el fastidio del título de la novela, el tremendo fastidio de no tener nada que hacer más que esperar y, mientras tanto, aprender el calado y otras tales artes domésticas.

Pronto María Eugenia identifica a dos aliados, dos cómplices en su rebelión contra este «monstruo...sí; éste: ¡el Fastidio!...¡el cruel, el perseverante, el malvado, el asesino Fastidio!» (37). Estos cómplices son el tío Pancho, hermano soltero de su padre, quien le promete presentarla a la moderna y afrancesada Mercedes Galindo, y Gregoria, la vieja lavandera negra de la familia, quien la mimaba de pequeña cuando visitaba a la Abuela y ahora le sirve de contacto sigiloso con el mundo prohibido de la calle, trayéndole, entre otras cosas, libros pedidos a una biblioteca circulante que existe en Caracas.

vii Una escuela normal de mujeres inicia sus actividades en Caracas en 1893. En los años diez y veinte del próximo siglo sigue funcionando, mientras simultáneamente existe en la capital una escuela normal de varones. Respecto a la clausura de la Universidad Central de Caracas, las fuentes no coinciden en las fechas, pero parece haber un acuerdo de que la universidad como tal, con rectorado que funcionara y con recinto central dejó de funcionar entre 1912 y 1920. Durante este período funcionaban de manera intermitente, ciertas escuelas, pero «en forma desarticulada, aisladas las unas de las otras, en locales separados y distantes.» Juan Bautista Fuenmayor, *Historia de la Venezuela Política Contemporánea. 1899-1969*, I (Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Angel García e hijo, 1975), 297. En 1920, la universidad volvió a abrir, pero fue nuevamente clausurada en 1921. En palabras de Reinaldo Rojas, «la universidad caraqueña, en estas tres primeras décadas del siglo XX, estuvo más en conflicto con el gobierno que en actividad académica y científica plena.» «Historia de la Universidad en Venezuela.» 15 agosto 2007 <<http://www.saber.ula.ve/cgi-win/bealex.exe?Documento=TO16300003921/2&term termino 2=e:/alexandr/db/ssaber/Edocs/pubelectronicas/heuristica/a-2006/articulo:>>. Sobre la magra presencia de la mujer en la Universidad Central (UCV) anterior a y durante el régimen de Gómez, Humberto Ruiz Calderón escribe que hasta 1936 sólo se graduaron en la UCV seis mujeres (las primeras tres, en 1893, y las últimas tres, en 1936). La muerte del dictador en 1935 «incidió para que se incrementara el número de mujeres en la Universidad Central y un año más tarde ya eran 41 las que allí estudiaban, la mayoría de ellas en Farmacia y Medicina.» *Tras el fuego de Prometeo: Becas en el exterior y modernización en Venezuela* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1997), 250.

María Eugenia, quien durante casi diez años fue una estudiante aplicadísima y una de las mejores de su colegio en Francia, usará estos libros introducidos clandestinamente en su cuarto —el cual llegará a ser su verdadero «cuarto propio» a lo Virginia Woolf— para darse un curso intensivo de refinamiento cultural. Sin sistema alguno, devorará desde novelas cuyas heroínas tienen amantes, del género de lecturas siempre condenado por Abuelita, hasta el *Diccionario filosófico* de Voltaire. A los dos años y medio de haber llegado a Caracas, junto con las lecturas que habría hecho durante los años del colegio, María Eugenia, quien puede leer en tres idiomas, tendrá una familiaridad nada superficial con Dante, Cervantes, Fray Luis de León, toda la Biblia (tanto la hebrea como la cristiana), Shakespeare, Rostand, José Asunción Silva, Schopenhauer y Eurípides, para mencionar a algunos.

Por otro lado, Tío Pancho, chaperón que no le puede negar Abuelita, llevará a María Eugenia a conocer a Caracas y a visitar a ciertos lugares «prohibidos» para señoritas, como los barrios pobres y de la gente de color. También, a dos meses de su llegada, Pancho podrá por fin introducir a su sobrina al círculo íntimo de Mercedes Galindo, quien muchas veces, a partir de las cuatro de la tarde, la esperará en su «boudoir oriental» (170) para que las dos se den a charlar a su gusto de la moda y de los hombres. Algunas noches, Tío Pancho llegará a la casa de Mercedes para acompañar a su sobrina en las *soirées* o comidas en las que oficia Mercedes con su marido. A éstas también asistirá el galán Gabriel Olmedo, buen mozo, cosmopolita, educado y ambicioso, cuyo único defecto es, según Mercedes, no disponer de fortuna propia. Tanto Tío Pancho como Mercedes abrigan la ilusión de unir a María Eugenia y a Gabriel en un matrimonio ideal, y después de algunas comidas y muchos cocteles, los dos candidatos también parecen entusiasmarse con la idea, aunque no llegan a declararse. Resulta que después de unas semanas las *soirées* terminan abruptamente porque Abuelita, a fin de alejar a su nieta de lo que considera la mala influencia de Mercedes, se la lleva a pasar dos o tres meses en San Nicolás con la familia de Tío Eduardo.

María Eugenia entiende este cambio como un destierro de Caracas por el crimen de su excesiva independencia de conducta y de ideas. Al principio, cree, optimista, que Gabriel la buscará para declararse. Después de un mes de espera y de una progresiva desilusión, sabe la noticia de que Gabriel Olmedo se casa con otra, con la hija de un tal Monasterios, «todopoderoso en el gobierno» (153) y muy, muy rico.

Esta noticia, que significa para ella la pérdida de su primer amor, se añade a otra pérdida que sufre en estos mismos días. La Primera Sección de la novela constaba de una larguísima carta que le escribió a su mejor amiga, la española Cristina de Iturbe, la querida compañera de colegio con quien durante años había pasado casi todas las vacaciones bajo la mirada indulgente de su propio padre y quien estaba con ella cuando éste murió. Cristina era como la hermana que María Eugenia nunca tuvo, y esta larguísima carta era la

primera que le mandaba después de su despedida en Biarritz. Poco antes de saber la nefasta noticia del casamiento de Gabriel con María Monasterios, María Eugenia había recibido la respuesta a su carta. Era como una carta de otra persona, de una Cristina que ahora se incomodaba ante las confesiones francas y apasionadas de su amiga, una Cristina que anunciaba triunfalmente que iba a casarse con un titulado de España. Esta Cristina no tenía nada de ver con la amiga Cristina de antes, y María Eugenia entendió que la carta significaba un adiós y el final de su larga amistad.

Si esto fuera poco, su íntima amiga de ahora y su especie de madre sustituta, Mercedes Galindo, ahora la llamaba por teléfono para decirle que dentro de un mes, ella y su marido se mudaban a París. La invitación que le hizo Mercedes de que pasara a vivir con ella en París el tiempo que quisiera no le convenció mucho, ya que sabía de antemano que Abuelita no daría su permiso, y así fue —no se lo dio. María Eugenia ahora veía que la Caracas a la que volvería después de terminado su destierro en San Nicolás sería ya una Caracas con perspectivas muy reducidas para ella y en donde reinaría, sin oposición, el monstruoso Fastidio.

Aquí termina la Segunda Parte de la novela. La tercera comienza dos años después. Durante este tiempo, la protagonista ha dejado de escribir en su diario, cuyas entregas constituían la Segunda Parte de la novela. Ahora vuelve a descubrir su diario y vuelve a escribir, pero la María Eugenia de la Tercera Parte cree que ya no es la misma, que ha avanzado mucho, que ahora ha podido superar todas las faltas, de conducta y de ideas, de las que antes le tachaba Abuelita. Lo que pasa es que parece que María Eugenia ha terminado por aceptar el criterio de Abuelita y de la tía Clara, tía soltera y beata, hija de Abuelita y soldado en la campaña familiar de reformar a la joven.

Entre las reformas de las que María Eugenia ahora deja constancia en su diario es el hecho de haber aceptado un novio sumamente aprobado por Abuelita, Tía Clara, Tío Eduardo y su odiosa mujer, María Antonia. Este novio, César Leal, quien ocupa toda la relativamente breve Tercera Sección, es la gran caricatura de la novela. Es el macho autoritario, presumido, hipócrita, fanfarrón y pedante, nuevo rico, arribista y sumamente vulgar. Es el candidato de novio predilecto del tío Eduardo, quien lo describe como:

...educado, muy correcto, muy inteligente, sumamente culto, no tiene ningún vicio, es doctor en Leyes, senador de la República, director de un ministerio, tiene muy buena posición monetaria, pertenece a una familia honrada, ha sido buen hijo, es buen hermano. (214)

De hecho, es tan senador de la República y tan director de un ministerio, o sea, tan identificado con el régimen del dictador Juan Vicente Gómez (quien toma el poder en 1908 y gobernará con mano dura por veintisiete años), que su nombre alegórico lo reduce a su mera identidad de hombre del régimen, quien siempre le es leal a César.

OBRAS CITADAS

- Aizenberg, Edna. «El *Bildungsroman* fracasado en Latinoamérica: El caso de *Ifigenia*, de Teresa de la Parra.» *Revista Iberoamericana*. 132-33 (julio-diciembre 1985):539-46.
- Almandoz, Arturo. «The intelligentsia's two visions of urban modernity: Gómez's Caracas, 1908-35.» *Urban History*. 28.1 (2001): 84-105.
- Bohórquez, Douglas. *Teresa de la Parra. Del diálogo de géneros y la melancolía*. Caracas: Monte Avila Editores, 1997.
- Bosch, Velia, ed. *Teresa de la Parra: Agenda 1990 Biblioteca Nacional*. Caracas: IABNSB, 1989.
- Brito Figueroa, Federico. *Historia Económica y Social de Venezuela*. Tomo 2. 2ª ed. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1974.
- Byron, Kristine. «'Books and Bad Company': Reading the Female Plot in Teresa de la Parra's *Ifigenia*.» *Modern Language Quarterly*. 64:3 (septiembre 2003): 349-76.
- Cascardi, Anthony J. «*Don Quixote* and the invention of the novel.» *The Cambridge Companion to Cervantes*. Ed. Anthony J. Cascardi. Cambridge, UK: Cambridge UP, 2002. 58-79.
- De la Parra, Teresa. *Epistolario Intimo y Diario de una señorita que se fastidia*. Ed. Rafael Carías. Caracas: Línea Aeropostal Venezolana, 1953.
- _____. *Obras completas de Teresa de la Parra*. Caracas: Editorial Arte, 1965.
- _____. *Obras (Narrativa-Ensayos-Cartas)*, Selección, Estudio crítico y Cronología a cargo de Velia Bosch. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982.
- _____. *Obra escogida*. Ed. María Fernanda Palacios. 2 Tomos. México: Fondo de Cultura Económica, Monte Avila Latinoamericana, 1992.
- _____. *Ifigenia*. Ed. Sonia Mattalía. Málaga: Anaya & Mario Muchnik, Ayuntamiento de Málaga, 1992.

- Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española*. 22^a ed. 15 agosto 2007 <<http://www.rae.es/RAE/Noticias.nsf/Home?ReadForm>>.
- Eurípides. *Ten Plays by Euripides*. Trad. Moses Hadas y John McLean. 1^{era} ed. 1936. New York: Bantam, 1981.
- Ewell, Judith. *Venezuela: A Century of Change*. Stanford, CA: Stanford UP, 1984.
- Fuenmayor, Juan Bautista. *Historia de la Venezuela Política Contemporánea. 1899-1969*. 20 tomos. Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Angel García e hijo, 1975.
- Gambarini, Elsa Krieger. «The Male Critic and the Woman Writer: Reading Teresa de la Parra's Critics.» En *In the feminine mode: Essays on Hispanic women writers*. Eds. Noel Valis y Carol Maier. Lewisburg: Bucknell UP, 1990. 177-94.
- Garrels, Elizabeth. *Las grietas de la ternura: Nueva lectura de Teresa de la Parra*. Caracas: Monte Avila Editores, 1986.
- Global Financial Data*. 22 julio 2007. <<http://libraries.mit.edu/get/global-findata>>.
- González, Aníbal. «Ifigenia's Choice: Teresa de la Parra's Demonic Option.» *Killer Books: Writing, Violence, and Ethics in Modern Spanish American Narrative*. Austin: U. Texas P., 2001. 66-85.
- Historia de Venezuela en Imágenes digitales*. Dir. Tulio Hernández. Fundación Polar C.A. Editora El Nacional. 26 febrero 2007 <<http://www.fpolar.org.ve/Encarte/fasciculo17/fasc1701.html>>.
- «International Woman Suffrage Timeline.» 5 agosto 2007 <http://womens-history.about.com/od/suffrage/a/intl_timeline.htm?p=1>.
- Lagos, María Inés. *En tono mayor: Relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1996.
- Lemaître, Louis Antoine. *Between Flight and Longing: The Journey of Teresa de la Parra*. New York: Vantage Press, 1986.
- Lovera De-Sola, R.J. «El esplendor del escribir teresiano.» *Influencia de las mujeres en la formación del alma americana* de Teresa de la Parra. Caracas: Fundarte, 1991. 5-52.
- Mattalía, Sonia. «Introducción, cronología, bibliografía y notas críticas.» *Ifigenia* de Teresa de la Parra. Málaga: Anaya & Mario Muchnik, Ayuntamiento de Málaga, 1992.
- Maza Zavala, D. F. «Historia de medio siglo en Venezuela: 1926-1975.» En *América Latina: Historia de medio siglo*. Ed. Pablo González Casanova. Tomo 2. 3^{era} ed. México: Siglo Veintiuno editores, 1982. 458-55.
- Molloy, Sylvia. «Disappearing Acts: Reading Lesbian in Teresa de la Parra» En *Entiendes?: queer readings, Hispanic writings*. Eds. Emilie L. Bergmann y Paul Julian Smith. Durham: Duke UP, 1995. 230-56.

- Mora, Gabriela. «La otra cara de ifigenia: una revaluación del personaje de Teresa de la Parra.» *Sin nombre*. 7.3 (1976): 130-44.
- Nauss Millay, Amy. «Oral Poetics in Lydia Cabrera's *El monte*.» *Voices from The Fuente Viva: The Effect of Orality in Twentieth-Century Spanish American Narrative*. Lewisburg, PA: Bucknell UP, 2005. 27-72.
- Palacios, María Fernanda. *Ifigenia: Mitología de la Doncella Criolla*. Caracas: Fondo Editorial Angria Ediciones, 2001.
- Patout, Paulette. «Teresa de la Parra, París y *Las memorias de Mamá Blanca*.» *Las Memorias de Mamá Blanca* de Teresa de la Parra. Ed. Velia Bosch. 2ª ed. Madrid: Colección Archivos, 1996. 157-79.
- Renken-Deshayes, Raphaelle. «*Miroir, mon beau miroir...*»: *L'identité féminine définie par un journal de mode La Mode Illustrée: journal de la famille*. Neuchatel, Suiza: Editions Alphil, 2004.
- Rodríguez, Ileana. *House/garden/nation: space, gender, and ethnicity in postcolonial Latin American literatures by women*. Trad. Robert Carr e Ileana Rodríguez. Durham, N.C.: Duke UP, 1994.
- Rojas, Reinaldo. «Historia de la Universidad en Venezuela.» 15 agosto 2007 <http://www.saber.ula.ve/cgi-win/be_alex.exe?Documento=TO16300003921/2&termtermin2=e:/alexandr/db/ssaber/Edocs/pubelectronicas/heuristica/a-2006/articulo:>.
- Rosa, Richard y Doris Sommer. «Teresa de la Parra: America's Womanly Soul.» En *Reinterpreting the Spanish American Essay: Women Writers of the 19th and 20th Centuries*. Ed. Doris Meyer. Austin: U. of Texas P., 1995. 115-24.
- Ruiz Calderón, Humberto. *Tras el fuego de Prometeo: Becas en el exterior y modernización en Venezuela*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1997.
- «Six Ways to Compute the Relative Value of a U.S. Dollar Amount, 1790-2005.» *Measuring Worth.Com*. 22 julio 2007 <<http://www.measuringworth.com/calculators/us-compare/result.php>>.
- The Encyclopedia of World History*. Ed. Peter N. Stearns. 6ª ed. Boston: Houghton Mifflin Company, 2001. 13 julio 2007 <<http://www.bartleby.com/reference/>>.
- Tieffemberg, Silvia. «Vivir con el alma muerta. Otra aproximación a *Ifigenia* de Teresa de la Parra.» En *La novela latinoamericana de entresiglos*. Comp. Susana Zanetti. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1997. 103-112.
- «Ville de Paris: Population & Density from 1365.» 13 julio 2007 <<http://www.demographia.com/dm-par90.htm>>.
- «World War I.» *Encyclopædia Britannica*. 2007. Encyclopædia Britannica Online. 13 julio 2007 <<http://www.search.eb.com/eb/article-53172>>.

- Yarrington, Doug. «Cattle, Corruption, and Venezuelan State Formation During The Regime of Juan Vicente Gómez, 1908-35.» *Latin American Research Review*. 38.2(2003):3-33.
- Zanetti, Susanna. «La escuela de las esposas: *Ifigenia* de Teresa de la Parra.» *Leer en América Latina*. Comp. Mónica Marinone. Mérida, Venezuela: Ediciones El Otro, El Mismo, 2004. 187-234.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA DE LECTURAS RECOMENDADAS SOBRE *Ifigenia*

- Aizenberg, Edna. «El *Bildungsroman* fracasado en Latinoamérica: El caso de *Ifigenia*, de Teresa de la Parra.» *Revista Iberoamericana*. 132-33 (julio-diciembre 1985):539-46.
- Byron, Kristine. «'Books and Bad Company': Reading the Female Plot in Teresa de la Parra's *Ifigenia*.» *Modern Language Quarterly* 64:3 (septiembre 2003): 349-76.
- González, Aníbal. «Ifigenia's Choice: Teresa de la Parra's Demonic Option.» *Killer Books: Writing, Violence, and Ethics in Modern Spanish American Narrative*. Austin: U. Texas P., 2001. 66-85.
- Lindstrom, Naomi. «Woman between Paris and Caracas: *Iphigenia* by Teresa de la Parra.» Anne Lambright & Elisabeth Guerrero, eds. *Unfolding the City: Women Write The City in Latin America*. Minneapolis: U. Minnesota P., 2007. 231-50.
- _____. «Introduction.» Teresa de la Parra. *Iphigenia (The diary of a young lady who wrote because she was bored)*. Trad. Bertie Acker. Austin: U. Texas P., 1993.
- Mora, Gabriela. «La otra cara de Ifigenia: una revaluación del personaje de Teresa de la Parra.» *Sin nombre*. 7.3 (1976): 130-44.
- Zanetti, Susanna. «La escuela de las esposas: *Ifigenia* de Teresa de la Parra.» *Leer en América Latina*. Comp. Mónica Marinone. Mérida, Venezuela: Ediciones El Otro, El Mismo, 2004. 187-234.

Dedicatoria

A ti, dulce ausente, a cuya sombra propicia floreció poco a poco este libro. A aquella luz clarísima de tus ojos que para el caminar de la escritura lo alumbraron siempre de esperanza, y también a la paz blanca y fría de tus dos manos cruzadas que no habrán de hojearlo nunca, lo dedico.¹

1 *Dulce ausente*: La “dulce ausente” es Emilia Ibarra de Barrios Parejo, entrañable amiga mayor y protectora de Teresa de la Parra, quien había muerto recientemente en mayo de 1924. Velia Bosch, en su Cronología para *Obras (Narrativa-Ensayos-Cartas)*, de 1982, indica que Ibarra murió en Caracas, pero el biógrafo Lemaître (1986) insiste en que murió en París, dato consistente con la observación de Sylvia Molloy (en la Nota xxxix del *Prólogo* a esta edición) de que la autora había acompañado a Emilia Ibarra a París en 1923, y una vez allá, había vivido con ella. Según Lemaître, Ibarra murió unos pocos meses antes de la publicación de *Ifigenia* (en septiembre) y ocho meses después de la llegada de la autora a París (51). Se habían conocido en Caracas en 1913 (48), y aunque Ibarra habría tenido unos veinte años más de De la Parra, las dos se hicieron íntimas. En una carta a Vicente Lecuna (*Obras completas*, 810), De la Parra dejó constancia de haber escrito la mayor parte de *Ifigenia* durante unas vacaciones compartidas con Emilia Ibarra en Macuto en 1922, y Rafael Carías, otro amigo también presente en Macuto en aquella temporada, creía que el personaje Mercedes Galindo había sido inspirada por la figura de Emilia (Lemaître, 50). Sobre Emilia Ibarra, véanse Lemaître, 48-52, 60-63, y las Notas xxxix y xl del *Prólogo* a la presente edición.

PRIMERA PARTE

UNA CARTA MUY LARGA DONDE LAS COSAS SE CUENTAN
COMO EN LAS NOVELAS

De María Eugenia Alonso a Cristina de Iturbe

¡Por fin te escribo, querida Cristina! No sé qué habrás pensado de mí. Cuando nos despedimos en la estación de Biarritz, recuerdo que te dije mientras te abrazaba llena de tristeza, de suspiros y de paquetes:

—Hasta pronto, pronto, prontísimo!

Me refería a una larga carta que pensaba escribirte de París y que empezaba ya a redactar en mi cabeza. Sin embargo, desde aquel día memorable han transcurrido ya más de cuatro meses y fuera de las postales no te he escrito una letra.

A ciencia cierta, no puedo decirte por qué no te escribí desde París, y muchísimo menos aún por qué no te escribí después, cuando radiante de optimismo y hecha una parisiense elegantísima, navegaba rumbo a Venezuela. Lo que sí voy a confesarte, porque lo sé y me consta, es que si desde aquí, desde Caracas, mi ciudad natal, no te había escrito todavía, aun cuando el tiempo me sobrara de un modo horrible, era única y exclusivamente, por pique y amor propio. Yo, que sé mentir bastante bien cuando hablo, no sé mentir cuando escribo, y como no quería por nada del mundo decirte la verdad, que me parecía muy humillante, había decidido callarme. Ahora me parece que la verdad a que me refiero no es humillante sino más bien pintoresca, interesante y algo medieval. Por consiguiente he resuelto confesártela hoy a gritos si es que tú eres capaz de oír estos gritos que lanzan mis letras:

¡Ah! ¡Cristina, Cristina, lo que me fastidio!... Mira, por muchísimos esfuerzos de imaginación que tú hagas no podrás figurarte nunca lo que yo me fastidio desde hace un mes, encerrada dentro de esta casa de Abuelita que huele a jazmín, a tierra húmeda, a velas de cera, y a fricciones de Elliman's Embrocation. Bueno, el olor a cera viene de dos velas que Tía Clara tiene con-

tinuamente encendidas ante un Nazareno vestido de terciopelo morado, de una media vara de estatura, el cual desde los tiempos remotos de mi bisabuela camina con su cruz a cuestas dentro de una redoma de vidrio. El olor a Elliman's Embrocation es debido al reumatismo de Abuelita, que se fricciona todas las noches antes de acostarse. En cuanto al olor a jazmín con tierra húmeda, que es el más agradable de todos, viene del patio de entrada, que es amplio, cuadrado, sembrado de rosas, palmas, helechos, novios, y un gran jazminero que se explaya verde y espesísimo en su kiosco de alambre sobre el cual vive como un cielo estrellado de jazmines. Pero ¡ay! lo que yo me fastidio aspirando estos olores sueltos o combinados, mientras miro coser o escucho conversar a Abuelita y a tía Clara es una cosa inexplicable. Por delicadeza y por tacto, cuando estoy delante de ellas disimulo mi fastidio y entonces converso, me río, o enseño como perra sabia a Chispita, la falderilla lanuda, quien ha aprendido ya a sentarse con sus dos patitas delanteras dobladas con muchísima gracia, y quien, según he observado, dentro de este sistema de encierro en que nos tienen a ambas, sueña de continuo con la libertad y se fastidia tanto o más que yo.

Abuelita y tía Clara, que saben distinguir muy bien los hilos tramados de los zurcidos y de las randas, pero que no ven en absoluto estas cosas que se ocultan tras las apariencias, no conocen ni por asomos la cruel y estoica magnitud de mi aburrimiento. Abuelita tiene muy arraigado este principio falsísimo y pasado de moda:

—«Las personas que se fastidian es porque no son inteligentes».

Y claro, como mi inteligencia brilla de continuo y no es posible ponerla en tela de juicio, Abuelita deduce en consecuencia que yo me divierto a todas horas con relación a mi capacidad intelectual, es decir: muchísimo. Y yo por delicadeza se lo dejo creer.

¡Ah! cuántas veces he pensado en plena crisis de fastidio: «Si yo le contara esto a Cristina, me aliviaría muchísimo escribiendo». Pero durante un mes entero he vivido presa dentro de mi amor propio como dentro de las cuatro paredes viejas de esta casa. Quería que tú te imaginaras maravillas de mi existencia actual, y reclusa en mi doble prisión callaba.

Hoy poniendo a un lado toda fantasía de amor propio, te escribo porque no puedo callarme más tiempo, y porque como te he dicho ya, he descubierto últimamente que esto de vivir tapiada siendo tan bonita como soy, lejos de ser humillante y vulgar parece por el contrario cosa de romance o leyenda de princesa cautiva. Y mira, sentada como estoy ahora ante la blanca hoja de papel, me siento tan encantada con la determinación y es tanto, tantísimo lo que deseo escribirte, que para hacerlo quisiera ya como dice el cantar «que la mar fuera de tinta y las playas de papel».

Como sabes, Cristina, siempre he tenido bastante afición a las novelas. También la tienes tú, y creo ahora que fue sin duda ninguna esta comunidad

de gusto por el teatro y las novelas la que hizo que intimáramos tanto durante los meses de vacaciones, así como durante los meses de colegio nos hizo intimar mucho aquella otra comunidad de gusto en los estudios. Tú y yo éramos por lo visto unas niñas intelectuales y románticas, pero éramos también, por otro lado, exageradamente tímidas. He reflexionado algunas veces sobre este sentimiento de timidez y según creo ahora debimos de adquirirlo, a fuerza de ver reflejadas en los cristales de las ventanas y puertas del colegio nuestras frentes anchas descubiertas y rodeadas de aquel semicírculo negro formado por nuestro pobre pelo liso y tirantísimo. Cómo recordarás, este último requisito era indispensable, según la opinión de las Madres, al buen nombre de las niñas, que además de ser muy ordenadas, eran inteligentes y estudiosas como lo éramos nosotras dos. Yo llegué a adquirir la convicción de que el pelo tirante constituía realmente una gran superioridad moral, y, sin embargo, veía siempre con gran admiración las otras niñas cuyas cabezas «vacías por dentro» al decir de las Madres, tenían por fuera aquella agradable apariencia que las daban los rizos y las ondas usadas contra todo reglamento. A pesar de nuestra superioridad mental recuerdo que yo siempre me sentí en el fondo muy inferior a las del pelo flojo. Las heroínas de las novelas las colocaba también en este bando de las sienes cubiertas, el cual constituía a las claras, lo que las Madres llamaban con bastante desdén «el mundo». Nosotras, junto con las Madres, el Capellán del Colegio, las doce Hijas de María, los Santos del año Cristiano, el incienso, las casullas y los reclinatorios, pertenecíamos al otro bando. En realidad yo nunca tuve verdadero entusiasmo de partido. Aquel malvado «mundo» tan aborrecido y despreciado por las Madres, a pesar de su vil inferioridad, aparecía siempre ante mis ojos deslumbrante y lleno de prestigio. Nuestra superioridad moral resultaba para mí una especie de carga, y recuerdo que la llevé siempre llena de resignación y pensando con tristeza, que gracias a ella no desempeñaría en la vida más que papeles oscuros y secundarios.

Lo que quiero explicarte ahora es que en estos cuatro meses he variado por completo de ideas. Creo que me he pasado con armas y bagajes al abominable bando del mundo y siento que he adquirido en él una elevada graduación. Ya no me considero en absoluto personaje secundario, estoy bastante satisfecha de mí misma, me he declarado en huelga contra la timidez y la humildad, y tengo además la pretensión de creer que valgo un millón de veces más que todas las heroínas de las novelas que leíamos en verano tú y yo, las cuales, dicho sea entre paréntesis, me parece ahora que debían estar muy mal escritas.

En estos cuatro meses, Cristina, he pasado por muchos ratos de tristeza, he tenido impresiones desagradables, revelaciones desesperantes y, sin embargo, a pesar de todo, siento un inmenso regocijo porque he visto desdoblarse de mí misma una personalidad nueva que yo no sospechaba y que me llena

de satisfacción. Tú, yo, todos los que andando por el mundo tenemos algunas tristezas, somos héroes y heroínas en la propia novela de nuestra vida, que es más bonita y mil veces mejor que las novelas escritas.

Es esta tesis la que voy a desarrollar ante tus ojos, relatándote minuciosamente y como en las auténticas novelas todo cuanto me ha ocurrido desde que dejé de verte en Biarritz. Estoy segura de que mi relato te interesará muchísimo. Además he descubierto últimamente que tengo mucho don de observación y gran facilidad para expresarme. Desgraciadamente estos dotes de nada me han servido hasta el presente. Algunas veces he tratado de ponerlos en evidencia delante de tía Clara y Abuelita, pero ellas no han sabido apreciarlos. Tía Clara no se ha tomado siquiera la molestia de fijarse en ellos. En cuanto a Abuelita, que como es muy vieja, tiene unas ideas atrasadísimas, sí debe haberlos tomado en consideración porque ha dicho ya por dos veces que tengo la cabeza llena de cucarachas.

Como puedes comprender ésta es una de las razones por las cuales me aburro en esta casa tan grande y tan triste, donde nadie me admira ni me comprende, y es esta necesidad de sentirme comprendida, lo que decididamente acabó de impulsarme a escribirte.

Sé muy bien que tú sí vas a comprenderme. En cuanto a mí no siento reserva ni rubor alguno al hacerte mis más íntimas confidencias. Tienes ante mis ojos el dulce prestigio de lo que pasó para no volver más. Los secretos que a ti te diga no han de tener consecuencias desagradables en mi vida futura y, por consiguiente, sé desde ahora que jamás me arrepentiré de habértelos dicho. Se parecerán en nuestro porvenir a los secretos que se llevan consigo los muertos. En cuanto al cariño tan grande que pongo para escribírtelos creo que tiene también cierto parecido con aquel tardío florecer de nuestra ternura, cuando pensamos en los que se fueron «para no volver».

* * *

Te escribo en mi cuarto cuyas dos puertas he cerrado con llave. Mi cuarto es grande, claro, empapelado de azul celeste, y tiene una ventana con reja que da sobre el segundo patio de la casa. Del lado afuera de la ventana, muy pegadito a la reja, hay un naranjo, y más allá, en cada una de las otras esquinas, hay otros naranjos. Como yo he colocado mi escritorio y mi sillón muy cerca de mi ventana, mientras pienso echada atrás la cabeza contra el respaldo del sillón, o apoyada de codos sobre la blanca tabla del escritorio, estoy siempre mirando mi patio de los naranjos. Y es tanto lo que tengo pensado mirando hacia arriba, que ya conozco hasta el más mínimo detalle de la verde filigrana sobre el azul del cielo.

Ahora, antes de comenzar mi relato, sin mirar naranjos, ni cielo, ni nada, he cerrado un instante los ojos, me he puesto sobre ellos las dos manos entre-

lazadas y muy claramente, durante unos segundos te he visto de nuevo, tal como dejé de verte allá en el andén de la estación de Biarritz: andando primero, corriendo después junto a la ventanilla de mi vagón que se alejaba, y luego tu mano, y por fin tu pañuelo que me decían a gritos: ¡Adiós!... ¡Adiós!...

Recuerdo muy bien que cuando ya no pude verte más, me alejé de la ventanilla, que así, a distancia, me quedé un rato inmóvil ante el acelerado correr de casas y de postes, que por fin le dí la espalda, que me senté después en el asiento, que miré frente a mí en el espejo del vagón y que vi mi pobre carita tan triste, tan pálida, entre aquellos crespones negros que la rodeaban que tuve por primera vez la conciencia intensa de mi soledad y abandono. Me acordé de las niñas asiladas y me pareció ver simbolizada en mí la imagen de la orfandad. Tuve entonces un momento de angustia, una especie de ahogo horrible, que quería estallar en sollozos y salirse en un torrente de lágrimas por los ojos. Pero de repente miré a Madame Jourdan... ¿Te acuerdas de Madame Jourdan, aquella señora distinguida, de pelo gris, que en el hotel tenía su mesa junto a la nuestra y que fue luego la encargada de acompañarme hasta París...? Pues bien, miré de reojo a Madame Jourdan, que estaba sentada al otro extremo del vagón, y vi que me consideraba con curiosidad y con lástima. Al comprobar esto reaccioné de pronto y en mi espíritu se dispó la tormenta. Y es que en aquel momento, como ahora, como siempre, soy más o menos la misma que tú conociste. No lloro nunca a pesar de que tendría razones para llorar a mares. Tal vez porque siempre me ha escoltado la tristeza, es por lo que he aprendido a escondérsela a todos, con un movimiento instintivo, como esconden ciertos niños pobres sus zapatitos rotos delante de la gente rica y bien vestida.

Por fortuna, Madame Jourdan, que resultó ser una persona encantadora fue, poco a poco, distrayendo mi tristeza con su conversación. Comenzó preguntándome por ti. Al principio, al vernos siempre juntas y hablando español nos había tomado por hermanas. Luego, cuando le relataron la muerte repentina de papá, y le preguntaron si querría encargarse de acompañarme hasta París, comenzó a interesarse muy vivamente por mí. Había perdido ella una niña, hija única, a los cinco años, la cual sería ya una muchacha grande como nosotras. Después, me preguntó mi edad. Cuando le dije que acababa de cumplir dieciocho años, ella contestó entrecortando las frases con sentidos suspiros:

—¡El mundo es un rompe-cabezas sin arreglar!... ¡Las piezas andan sueltas sin encontrar quien las encaje! ... ¡Yo entro en el desierto de mi vejez tan sola porque se fue mi hija, y usted se marcha a esa gran batalla de la juventud sin el amparo y sin la sombra de su madre!

Y esto del «desierto de su vejez» y lo de «la gran batalla de mi juventud» lo dijo de una manera tan bonita y con una voz tan suave y tan armoniosa,

que comencé a sentir de repente gran admiración por ella. Me acordé de aquellas actrices, que tanto a ti como a mí nos entusiasmban de un modo frenético por el prestigio de su voz y por el encanto de sus movimientos. Pensé que Madame Jourdan debía ser como ellas, que sin duda era muy inteligente, que tal vez sería alguna artista, alguna de esas novelistas que escriben bajo seudónimo, y abandonando entonces mi asiento y mi ventanilla, impulsada por la más viva y reverente admiración, fui a sentarme junto a ella.

Al principio y en vista de su superioridad me sentía algo tímida, algo cohibida, pero me puse a hablarle, y le conté entonces que iba a emprender un largo viaje, que me venía a América donde tenía mi abuela materna y algunos tíos y primos que me querían mucho. Conversamos luego sobre los viajes, sobre los distintos climas, sobre la hermosura de la naturaleza tropical, sobre lo alegre que era la vida a bordo de un trasatlántico, y a las dos horas, disipada ya mi timidez del principio, éramos tan amigas y habíamos simpaticizado tanto, que a mí me parecía haber encajado ya en una de mis casillas correspondientes del rompe-cabezas. Créeme, Cristina, y esto, por supuesto sin que lo sepa Abuelita, ¡de buena gana me hubiera quedado viviendo para siempre con aquella encantadora Madame Jourdan!

Pero por desgracia pasó el trayecto, vino una hora en que llegamos a París, y entonces tuvo ella que ir a depositarme en casa de mis nuevos chaperons, el señor y la señora Ramírez, matrimonio venezolano, amigos íntimos de mi familia, entre cuyas manos ya definitivamente facturada debía venir hasta La Guaira.

Estos Ramírez me fueron muy simpáticos desde el principio, porque eran alegres, obsequiosos, amables, y porque tenían la admirable costumbre de no darme nunca ninguna clase de consejos, cosa ésta bastante rara, pues, como ya te habrás fijado tú también, es por este sistema de consejos que los superiores en edad, dignidad o gobierno acostumbran desahogar su mal humor, diciéndonos a nosotros, pobres inferiores, las cosas más duras y desagradables del mundo.

Vivían los Ramírez en un hotel elegante. Cuando llegué acompañada de Madame Jourdan salieron ellos a recibirme, cariñosos y atentos. Después de las presentaciones consabidas comenzaron por condolerse de mi situación, cosa que por lo visto es de rigor al tratarse de mí. Luego me hablaron de Caracas, de mi familia, de nuestro próximo viaje, y terminaron entregándome unos cincuenta mil francos², remitidos por mi tío y tutor para gastos de toilette y de bolsillo, suponían ellos, puesto que el dinero para los gastos del viaje se había girado ya.

Bueno, me dirás interesada si te parece, pero no puedo negarte que ante aquellos inesperados cincuenta mil francos, mis negros pensamientos del tren se marcharon volando uno tras otro como bandadas de golondrinas, porque me juzgué feliz y potentada.

2 *Cincuenta mil francos*: En la primera edición, de 1924, se leía aquí «veinte mil» en vez de «cincuenta mil». Para la segunda edición, de 1928, la autora decidió aumentar la cantidad de dinero más que el doble. En todo el resto de la edición de 1928, la cantidad entregada corresponde a cincuenta mil francos.

Además, Ramírez, que había vivido muchos años en Nueva York, me dijo que durante el tiempo que permaneciéramos en París, no veía inconveniente en que saliese sola, siempre, por supuesto, que su señora y yo no coincidiésemos en nuestras correrías.

Naturalmente que yo decidí al punto no coincidir jamás con las correrías de la señora Ramírez, y aquí como ya verás comienzan mis experiencias, impresiones y aventuras.

¡No sabes tú lo interesante que es viajar, Cristina! Pero no viajes cortos en el tren, como los que hacíamos tú y yo en verano durante los meses de vacaciones, no, sino viajes largos, como este mío, en que se sale sola por París, y se conoce mucha gente, y se pasa el mar, y se toca en varios puertos. Lo único desagradable que ocurre en estos viajes es que, como en los demás, es menester llegar un día u otro, y cuando se llega ¡ah! Cristina, cuando se llega es como cuando se detiene el coche en que paseábamos o se calla la música que nos arrullaba. ¡Qué triste es llegar para siempre a cualquier sitio!

Yo digo que será por eso sin duda por lo que la muerte nos espanta ¿verdad? Volviendo a mi primera entrevista con los Ramírez, te diré que desde el día en que murió papá a mi no se me había ocurrido todavía pensar que yo era lo que puede llamarse una persona independiente, más o menos dueña de su cuerpo y de sus actos. Hasta entonces me había considerado algo así como un objeto que las personas se pasan, se prestan, o se venden unas a otras..., bueno, lo que he vuelto a ser ahora y lo que somos general y desgraciadamente las señoritas «bien».

Fue Ramírez, con los cincuenta mil francos, y el permiso para salir sola, quien me reveló de golpe esta sensación deliciosa de la libertad. Recuerdo que inmediatamente, aquella misma noche de mi llegada a París, sentada sola en el *hall* del hotel, frente a un grupo de personas, que a lo lejos, hablaban entre sí; rebosante de optimismo y de cierto espíritu profético, comencé a saborear con fruición mi futura libertad. Aislada como estaba, frente al alegre bullicio, me miré largo rato en un espejo tal cual acostumbro y observé de repente, que sin tu apoyo y sin tu compañía, mi sencillez de colegiala o señorita tímida resultaba horriblemente llamativa, desairada y ridícula. Me dije entonces que con cincuenta mil francos y un poco de idea era posible hacer muchas cosas. Pensé después que bien podía yo dejar *épatée*³ a toda mi familia de Caracas con mi elegancia parisiense. Deduje finalmente que para ello era indispensable estrecharme el vestido y cortarme el pelo a la *garçonne*⁴, al igual de cierta señora o señorita que en aquel instante se destacaba allá en el grupo de enfrente por su silueta graciosísima.

Y sin más quedó al punto resuelto.

Al siguiente día en la mañana, muy temprano, fui a comprar unas flores, y con ellas en la mano me dirigí a casa de mi querida amiga del tren Madame Jourdan. Me recibió ella encantada, como si nos hubiéramos conocido toda

3 *Epatée*: (fr.) Pasmada.

4 *À la garçonne*: (fr.) Se decía de un corte de pelo de mujer en que el pelo quedaba muy corto, creando un parecido con los peinados de hombres.

la vida y como si hubiéramos pasado un siglo sin vernos. Tenía una casa preciosa, puesta con un gusto exquisito, lo cual contribuyó a que mi admiración y aprecio continuaran en «crescendo». Le apliqué que había decidido cortarme el pelo porque pretendía volver a mi país hecha una persona verdaderamente chic⁵ y a la moda. Muy amable y servicial comenzó a darme consejos de toilette y de buen gusto. Me indicó modistos, sombrereras, peluqueros, manicures, y multitud de otras cosas. Me ofreció además hacerme en el futuro toda clase de indicaciones y bajo su dirección me puse en campaña aquella misma tarde.

Si vieras entonces: ¡qué ajetreo!, ¡qué ir y venir!, ¡qué días! Y sobre todo ¡¡qué cambio!! Ya no tenía aquel aire desgraciado de colegiala, de *chien fouetté*⁶ ¿sabes? El pelo corto me quedaba maravillosamente. Las modistas me encontraban un cuerpo precioso, flexible, y al probarme me decían a cada paso:

—*Comme Mademoiselle est bien faite!*⁷

Cosa que comprobaba yo al momento, dando vueltas en todas direcciones ante las hojas abiertas del espejo de tres cuerpos, y lo cual me causaba una satisfacción infinitamente mayor que la cruz de semana, la banda, las primeras en composición y toda aquella gran fama de inteligencia que compartía contigo allá en nuestra clase.

Una vez me enamoré de una toquita de luto que según me dijo la modista sólo usaban las viudas y esto me pareció encantador. A los pocos días iba y venía yo con mi toquita de largo velo negro. En las tiendas me llamaban «Madame» y un día que salí con el más pequeño de los niños Ramírez que era una lindura de tres años, me dijeron en la zapatería que debía haberme casado muy joven para tener aquel niño tan precioso que era completamente mi retrato. Aceptada la suposición me di al punto a sacar cuentas y según la edad de Luisito Ramírez habría nacido cuando estábamos tú y yo en tercera clase. Figúrate qué escándalo el de las monjas y lo que nos hubiéramos divertido con un chiquitín entonces. De fijo que no hubiéramos tenido más remedio que esconderlo dentro del pupitre como solíamos hacer con los paquetes de bombones.

Pero es lo cierto que ahora con mi toquita y mi supuesta viudez, París me parecía una cosa nueva, desconocida. No era ya aquella ciudad brumosa y fría que en los días de vacaciones de Navidad recorríamos tú y yo cogidas de la mano, envueltas en un abrigo y seguidas del aya inglesa, mientras nos dirigíamos a las matinés de la Opera o del Teatro Francés. Entonces, todo me intimidaba. Las elegantes señoras me causaban una impresión de miedo y me sentía tan pequeñita, tan cenicienta, junto a tanta belleza y tanto lujo. Ahora no, ahora ya me había tocado la varita mágica, andaba con soltura, con seguridad y con muchísima gracia, porque sabía demasiado que aquello de: «*Comme Mademoiselle est bien faite!*», me lo decían también a gritos y con

5 *Chic*: (fr.) Elegante, de buen gusto.

6 *Chien fouetté*: (fr.) Perro apaleado.

7 *Comme Mademoiselle est bien faite!*: (fr.) ¡Qué bien hecha está la señorita!

puntos de exclamación los ojos de todos cuantos me veían. Era una cosa tan general que yo vivía encantada. Me admiraba todo el mundo. Mira: me admiraban mis amigos los Ramírez, me admiraban sus niños; me admiraban unos españoles muy simpáticos que en el comedor tenían su mesa frente a nosotros; me admiraba el gerente del hotel; el camarero que nos atendía; el muchacho del ascensor; el marido de mi manicure, los dependientes de la peluquería; y un señor muy elegante que encontré una mañana por la calle y que al mirarme venir le dijo a otro que iba con él:

—*Regarde donc, quelle jolie fille!*⁸

Decididamente, en aquellos días gloriosos, París abrió de repente sus brazos y me recibió de hija, así, de pronto, porque le dio la gana. ¡Ah! ¡era indudable! Yo formaba ya parte de aquella falange de mujeres a las cuales evocaba Papá entornando los ojos con una expresión extraña que yo entonces no acababa de explicarme muy bien porque era como si hablase de algún dulce muy rico mientras decía:

—¡¡Qué mujeres!!

Nunca me habla ocurrido nada igual, Cristina. Sentía dentro de mí misma una alegría loca. Me parecía que mi espíritu se abría todo en flores como aquellos árboles del parque del colegio en los meses de abril y mayo. Era como si en mí misma hubiese descubierto de pronto una mina, un manantial de optimismo y sólo vivía para beberlo y para contemplarme en él. Creo ahora que fue debido a aquella satisfacción egoísta por lo que nunca te escribí sino postales lacónicas que tú me contestabas con cartas inexpresivas y tristes. Hoy, al releerlas me parece adivinar en ellas toda tu amarga decepción de entonces y me conmuevo de contrición. Pero pienso que a estas horas debes haber comprendido el porqué de mi indiferencia tan fugaz como mi alegría y que generosamente la habrás perdonado ya.

Algunas veces, también, me ponía a pensar que aquel optimismo y aquella alegría de vivir que me hacían tan feliz eran impropios en medio de una desgracia reciente como la mía. Tenía entonces ratos de un remordimiento agudo, y para acallararlo en desagravio al alma de papá le daba unos francos a algún chiquillo harapiento o entraba a dejar una limosna en el cepillo de la iglesia.

¡Ah! Papá ¡pobre Papá!. .. Mientras esto le cuento a mi amiga Cristina, allá, en las suaves visiones de mi mente, ha pasado un instante la indulgencia de tu rostro, florecida por la indulgencia aprobadora de tu sonrisa. ¡Y cómo la reconozco! ¡Mal podías enojarte! ¡Aquellos días fugaces en que tu espíritu pródigo y jovial pareció renacer por un momento en mi alma eran la única herencia que debías legarme!

8 *Regarde donc, quelle jolie fille!*: (fr.) ¡Mira a aquella muchacha bonita!

En París estuvimos casi tres meses, por retraso de fondos y cambio de plan en el itinerario del matrimonio Ramírez. Los días, que se sucedían en particular con una rapidez vertiginosa, en conjunto me parecían muchos y muy largos. Sentía que se me escapaban y tenía siempre la sensación de que corría tras ellos para detenerlos. Me preocupaba muchísimo la idea de mi partida, pensaba con tristeza que aquel París que se mostraba conmigo tan amable, tan afectuoso, era menester abandonarlo un día u otro, como a ti, como a Madame Jourdan, como a todo lo que he querido y me ha querido en la vida.

«¡Qué fatalidad! ¡Qué desgracia tan grande» —pensaba continuamente—.

Y esta perspectiva era lo único que amargaba mi vida alegre y feliz de pájaro a quien por fin le han crecido las alas.

Pero como todo llega en este inundo, llegó un triste día en que los Ramírez y yo tuvimos que arreglar definitivamente nuestros baúles. Estrené yo mi vestido de viaje en cuya elección me había esmerado muchísimo a fin de que resultase lo más elegante y mejor cortado posible, y con mi *nécessaire*⁹ en la mano, luego de caminar un rato ante el espejo más grande del hotel y comprobar así, que unidos el *nécessaire* y yo, teníamos una silueta viajera bastante chic, tomé con los Ramírez el tren para Barcelona donde nos esperaba el trasatlántico «Manuel Arnús» que debía conducirnos a la Guaira.

Recuerdo que antes de embarcarme te dejé un abrazo de despedida en una postal. No te escribí más porque me ahogaba de melancolía y porque tenía también que ir a comprar un frasco de pintura líquida de Guerlain¹⁰, que acababan de recomendarme muchísimo como especial para resistir el aire violento del mar, el cual barre del cutis toda pintura en polvo.

Luego nos embarcamos.

¡Ah! todavía me parece tener en los oídos aquel alarido de la sirena al arrancar el vapor y me pongo tan triste al evocarlo que prefiero no hablar de esto.

Afortunadamente que la vida a bordo me distrajo pronto. Sentirse en alta mar, rodeada de cielo por los cuatro costados y rumbo a América, es una sensación deliciosa. Se piensa en Cristóbal Colón, en las novelas de Julio Verne, en las islas desiertas, en las montañas que hay debajo del agua, y dan ganas de naufragar para correr aventuras. Pero esta parte geográfica se olvida y se disipa muy pronto, cuando empieza a entrarse de lleno en el ambiente social de a bordo, que es de los más interesantes. Bueno, tú sabes muy bien que yo no acostumbro a alabarme porque me parece de mal gusto, pero sin embargo, no puedo negarte que desde mi entrada al vapor comprendí que causaba gran sensación entre mis compañeros de viaje. Casi todas las señoras yacían mareadas en sus sillas de extensión o encerradas en los camarotes. Yo, que no me había mareado ni un segundo, no me ocupaba en cambio sino de presumir sacando a colación todo el repertorio de abrigos, vestidos, y ciertos sombreros flexibles que aprendí a ponerme con muchísima gracia so pretexto de pre-

9 *Nécessaire*: (fr.) Literalmente “necesario”; maletín de mano.

10 *Pintura líquida de Guerlain*: (fr.) Maquillaje para la piel de la famosa marca francesa Guerlain, fundada como perfumería en París en 1828. Desde entonces, sus productos se han ampliado para incluir maquillaje y cremas para la piel. En 2007, creó el lápiz de labio más caro del mundo, con un precio de \$62.000 USD.

servarme del viento. Eran mi especialidad; me ponía uno blanco y negro en la mañana, otro lila al mediodía, uno gris en la noche, y me paseaba de arriba abajo con un libro o un frasco de sales en la mano, y con toda aquella soltura, gracia y distinción adquirida en los días de mi vida parisiense y que todavía tú no tienes el honor de conocerme.

Los hombres, sentados sobre cubierta, con la gorra de lana encajada hasta las cejas y algún habano o cigarrillo en la boca, al sentirme pasar, levantaban inmediatamente los ojos del libro o revista donde se hallaban absortos, y me seguían un rato con una larga mirada llena de interés. Las mujeres por otro lado admiraban el chic de mis vestidos y los veían con algo de curiosidad, creo que también con algo de envidia y como si quisieran copiarlos. No puedo ocultarte que todas estas manifestaciones me halagaban muchísimo. ¿No representaban acaso el encantador *succès*¹¹, cosa que hasta entonces había sido para mí algo lejano, fabuloso, y deslumbrante como un sol? Me sentía, pues, felicísima al comprobar que poseía semejante tesoro, y te lo confieso a ti sin reparos ni modestias de ninguna clase, porque sé muy bien que tú, tarde o temprano, cuando renuncies al pelo largo, uses tacones Luis XV¹², te pintes las mejillas, y sobre todo la boca, has de experimentarlo también y por consiguiente no vas a escucharme con el profundo desprecio con que escuchan estas cosas las personas incapacitadas para comprenderlas verbigracia: Abuelita, las Madres del Colegio y San Jerónimo¹³, quien, según parece, escribió horrores sobre las mujeres *chic* de su tiempo.

Pasadas las primeras horas de travesía comencé pronto a tener amigos a más de mis acompañantes los Ramírez. Pero el más interesante de mis amigos resultó ser un poeta colombiano, ex diplomático, viudo y ya algo viejo, el cual, lleno de galantería, finura y entusiasmo me acompañaba a todas horas del día. Por la noche, cuando tocaban o cantaban en el salón, yo, en consideración a mi duelo, solía evadirme del bullicio, y buscaba algún solitario rincón de cu-

11 *Succès*: (fr.) Exito.

12 *Tacones Luis XV*: Tacones altos que, para los años veinte, connotaban simplemente un estilo de zapato para las mujeres. Algunos dicen que recibieron su nombre del hecho de que en su origen eran una moda masculina creada para aumentar la estatura de un rey bajo de estatura (Luis XV de Francia, 1715-74). Otras versiones enfatizan que durante el reinado de Luis XV, los zapatos de moda para las mujeres tenían tacones altos curvados, resultando más angostos hacia la cintura y más anchos en la base.

13 *San Jerónimo*: Se le conoce como el más erudito de los padres latinos de la Iglesia Católica y uno de los estudiosos más importantes de la Biblia. Nacido en 324 y muerto en 420, llegó a ejercer una enorme influencia sobre un grupo de matronas romanas que querían dedicarse al ascetismo y al estudio. Hizo la defensa de una de ellas, la viuda Blesila, vituperando a aquellas damas que se pintaban las mejillas con púrpura y los párpados con antimonio. Esta y otras de sus críticas de la sociedad de Roma provocaron fuertes ataques contra él, que le decidieron a abandonar a Roma en busca de la tranquilidad en otras tierras. A pesar de esto, no deja de ser algo irónica esta referencia por parte de María Eugenia a San Jerónimo, de quien se había considerado hija y discípula la deslumbrante poeta e intelectual mexicana Sor Juana Inés de la Cruz (1648-95). En su famosa defensa *Respuesta a Sor Filotea*, Sor Juana había subrayado la importancia que San Jerónimo daba a la educación de las mujeres y a su ejercicio de la lectura. De la Parra dedicaría unas páginas de solidaridad y admiración a esta monja intelectualmente rebelde en la segunda de sus tres conferencias de 1930, y el estudio y la lectura serán una de las formas que asume la rebeldía de la joven María Eugenia Alonso en esta novela.

bierta y allí, arrullada por la música y apoyada de codos en la barandilla, me daba a contemplar el reflejo fantástico de la luna sobre el mar y aquella estela blanca que íbamos dejando en el azul oscuro de las aguas. Mi amigo, que tenía la delicadeza de notar siempre mi ausencia, a los pocos minutos se venía a mi lado, se apoyaba también de codos en la barandilla y entonces suavemente, en un monótono silbar de eses, me recitaba sus versos. Esto me ponía encantada. No porque los versos fuesen muy bonitos, puesto que a decir verdad jamás les puse la menor atención, sino porque estando libre de toda conversación, mientras él recitaba, yo me entregaba de lleno a mis propios pensamientos y me decía: «No cabe duda que está enamoradoísimo de mí». Y como era la primera vez que esto me ocurría y como el ambiente de la noche era de los más propicios, me lanzaba en alas de mis recuerdos a través de aquellas novelas de «La Mode Illustrée» que leíamos en vacaciones tú y yo, me comparaba inmediatamente con las más interesantes de sus heroínas, me consideraba situada al mismo nivel de ellas o quizás a mayor altura, y claro, ante semejante visión quedaba tan satisfecha, que cuando mi amigo terminaba la última estrofa de sus versos, yo los elogiaba apasionadamente con la más entusiasta y sincera admiración.

Si la amistad entre mi amigo y yo no hubiera pasado nunca de ahí, todo habría quedado muy bien, él hubiese adquirido a mis ojos un eterno prestigio, y después de separarnos yo lo habría contemplado siempre entre la bruma de mis recuerdos, esfumándose allá, en lontananza, junto al mar y la luna como en un dulce ensueño de romanticismo y de melancolía. Cristina, los hombres no tienen tacto. Aunque sean más sabios que Salomón y más viejos que Matusalén no aprenden jamás esa cosa tan sencilla, fácil y elemental que se llama «tener tacto». Semejante experiencia la adquirí en el trato de mi amigo el poeta, ex diplomático, del vapor, quien, según parece era muy instruido, inteligente y discreto en cualquier otra materia que no se relacionase con ésta del tacto u oportunidad. Pero voy a referirte el incidente, de donde proviene este juicio o experiencia a fin de que tú misma opines.

Imagínate, que una noche en que se celebró a bordo no sé qué fecha patriótica, todos los pasajeros habían tomado champagne y se hallaban por lo tanto muy alegres. Yo en compensación, estaba de mal humor, porque al ir a prenderme un alfiler me había dado un arañazo larguísimo en la mano izquierda, cosa que me la tenía bastante desfigurada. Por consiguiente, aquella noche, con más razón que de costumbre, mientras los demás se divertían en el salón, fui a apoyarme de codos en mi solitario rincón de cubierta, y también, como de costumbre, al poco rato mi amigo, vino a situarse junto a mí. Debido a mi mal humor, yo, contemplando el mar iluminado por la luna, calculaba con rabia el número de días que iba a durar en mi mano la cicatriz del rasguño y no decía una palabra. Mi amigo, entonces, demostrando tener cierta delicadeza, en vez de lanzarse a recitar sus versos, me interrogó suavemente:

—Qué le pasa esta noche, María Eugenia, que está tan triste?

—Es que me he hecho una herida en la mano izquierda, que me duele muchísimo.

Y como siempre me ha parecido lo mejor el mostrar con entera franqueza aquellos defectos físicos que, por ser muy visibles, no pueden ocultarse, le mostré mi mano izquierda que se hallaba cruzada diagonalmente por una larguísima línea roja.

El, para poder examinar el rasguño de cerca, tomó mi mano entre las suyas, y después de decir que la herida era leve y casi imperceptible se quedó contemplando la mano y añadió muy quedo con la voz de recitar:

—¡Ah! ... ¡Y qué divina mano de Madona Italiana! Parece tallada en marfil por el celo de algún gran artista del Renacimiento para despertar la fe en los corazones incrédulos. Si cuando visité hace un año la Cartuja de Florencia hubiera visto una Virgen con manos semejantes: ¡habría profesado!

Como sabes, Cristina, mis manos, en efecto, no están mal; y como también recordarás, he tenido siempre una marcada predilección por ellas. El cambio de temperatura les había dado yo no sé qué matiz pálido, de modo, que en aquel momento, prestigiadas por la luna, pulidas y cuidadas, a pesar del rasguño de la izquierda, merecían en realidad aquel elogio, que a más de parecerme exacto, me pareció también delicado, escogido, y de muy buen gusto. Y para que las manos luciesen aún mejor, pasada en parte la contrariedad, las enlacé juntas con lánguida actitud, sobre el enlace de los dedos apoyé suavemente la barba y seguí mirando el mar.

—Ahora parecen dos azucenas sosteniendo una rosa —volvió a recitar mi amigo—. Dígame, María Eugenia: ¿sus mejillas no han tenido nunca envidia de sus manos?

—No —respondí yo—. Aquí todo el mundo vive en gran armonía.

Y porque me pareció muy oportuno dar a tan breve frase una expresión cualquiera, sin cortar la línea de mi actitud, entorné ligeramente los ojos. Con los ojos ligeramente entornados, envolví el rostro de mi amigo en una larga mirada y sonreí.

Pero, por desgracia, al llegar a este punto de nuestro amable diálogo: ¿qué dirás tú, Cristina, que se le ocurrió de pronto a mi amigo el poeta?... Pues se le ocurrió que su boca feísima, de bigotes grises, olorosa a tabaco y a champagne, podía darle un beso a la mía, que en aquel instante se hallaba sonriente, fresca, y recién pintada con carmín de Guerlain. ¡Ah!, pero afortunadamente, como sabes, soy ágil y astudiza, gracias a lo cual no pudo consumarse tan desagradable proyecto; porque al sentirme de golpe presa en aquellos brazos, me dominó el espanto producido por la misma sorpresa, y sacudiendo nerviosamente la cabeza en todas direcciones, logré escurrirme hacia un lado y escaparme a toda prisa. Ya a distancia, por curiosidad, me volví a mirar en qué había parado tan singular escena, y pude entonces darme cuenta de que

las violentas sacudidas de mi cabeza combinadas con la brusca evasión, habían derrumbado los lentes de encima de la nariz de mi amigo, el cual era muy miope, y que por lo tanto en aquel minuto crítico, el dolor de la derrota, y el dolor del desprecio, se unían en su persona al dolor oscurísimo de la ceguera.

¡Ah! Cristina, por muchos años que viva, no olvidaré jamás aquella silueta corta, desprestigiada, ciega, inclinada hacia el suelo, buscando sin esperanza los perdidos lentes, que yo a tan larga distancia miraba brillar muy cerquita de sus pies.

Desde esa noche, ya no volví a hablar, ni a saludar más a mi gran admirador y amigo el poeta colombiano. No porque en realidad me sintiese muy ofendida, sino porque después de lo ocurrido me pareció muy de rigor el adoptar una actitud digna, silenciosa y enigmática. Pero es lo cierto que encastillada así dentro de mi distinción y mi rencor, la vida a bordo me parecía mucho menos divertida. Ya no tenía quien me manifestase en galante media voz su admiración por mi persona; ni quien celebrase mi ingenio; ni quien me recitase versos a la luz de la luna; ni quien me hiciese amables atenciones. Cuando subía a cubierta con mi sombrerito flexible recién puesto buscaba ahora la soledad, y me quedaba largos ratos en un elevado puente sentada frente al mar, contemplando con melancolía, aquel andar perseverante del vapor y pensando de tiempo en tiempo que mi amigo había cometido aquella gran *gaffe*¹⁴ por tener una idea equivocada acerca de sus atractivos personales. Me decía que sin duda ninguna, él jamás se había dado cuenta de que yo lo encontraba feo, narizón, mal proporcionado, muy viejo, demasiado fino, y que en lo tocante a sus versos nunca había apreciado en ellos sino aquel ritmo monótono que servía de arrullo a mis propios pensamientos.

Desde entonces, Cristina, deduje que los hombres, en general, aunque parezcan saber muchísimo, es como si no supieran nada, porque no siéndoles dado el mirar su propia imagen reflejada en el espíritu ajeno se ignoran a sí mismos tan totalmente, como si no se hubiesen visto jamás en un espejo. Por eso, cuando Abuelita, en la mesa, habla indignada de los hombres de nuestros días, y me previene contra ellos llamándoles alabanciosos y calumniadores yo, lejos de compartir su indignación, me acuerdo de mi amigo el poeta en el momento de buscar sus lentes, y me sonrío. Sí, Cristina, por más que diga Abuelita, yo creo que los hombres calumnian de buena fe, que son alabanciosos porque honradamente se ignoran a sí mismos y que atraviesan la vida felices y rodeados por la aureola piadosísima de la equivocación, mientras los escolta en silencio, como can fiel e invisible, un discreto ridículo.

Después de navegar dieciocho días, una tarde serena, bajo la media luz del más inverosímil de los crepúsculos, entramos por fin en aguas de Venezuela.

14 *Gaffe*: (fr.) Error.

Al saber la noticia, llena de sensibilidad y de íntima emoción, para sentir y ver bien desde lo alto ese espectáculo triunfante que es llegar a tierra, escondida de todos, me fui a sentar en mi elevado puente solitario.

Siempre recordará aquella tarde.

Hay instantes de la vida, Cristina, en que el espíritu parece desmaterializarse por completo, y lo sentimos erguirse en nosotros exaltado y sublime, como un vidente que nos hablara de cosas desconocidas. Experimentamos entonces una santa resignación por los dolores futuros, y sentimos también en el alma ese melancólico florecer de las alegrías pasadas, mucho más tristes que las tristezas, porque son en nuestro recuerdo como cadáveres de cuerpo presente que no nos decidimos a enterrar nunca... ¿verdad que esto lo has experimentado también tú algunas veces?... ¿no lo has sentido nunca oyendo música, o mirando un paisaje en la sensibilidad infinita de un crepúsculo?... Aquella tarde, sentada en el puente, perdidos los ojos por el horizonte y los celajes¹⁵, me pareció que desde lo alto de una atalaya miraba mi vida entera, la pasada y la futura, y no sé por qué tuve un gran presentimiento de tristeza.

El vapor caminaba lentamente hacia unas luces que, bajo el tenue cendal¹⁶ de las nubes, se confundían a lo lejos con las estrellas apenas encendidas en el cielo. Poco a poco, las prendidas señuelas¹⁷ comenzaron a multiplicarse y a crecer, como si Venus aquella tarde hubiera querido prodigarse generosamente sobre el mar. Luego, imprecisos, esfumados en la penumbra y en la niebla fueron separándose enteramente del cielo los bloques oscuros de las montañas. Las luces alegres, brillantes, titilaban arriba, abajo, sembradas en aquel cielo profundo de los montes cada vez más familiares, más hospitalarios, más abiertos de brazos al vapor, hasta que de repente, del lado izquierdo, como una iluminación fantástica, se encendió todo el mar, al pie de la montaña. Los pasajeros, apoyados en la barandilla de cubierta, bajo mi puente de observación, con la alegría que inspira a los navegantes la próxima hospitalidad del puerto, empezaron a agitarse con una inmensa alegría llena de voces y de risas.

Porque aquella iluminación la formaban las luces de Macuto, y Macuto, Cristina, es nuestra playa elegante, nuestro balneario de moda, es como si diéramos el Deauville o el San Sebastián de Venezuela.

El vapor, todo encendido también, al igual de un galán que paseara la calle, caminando de costado, se acercaba más y más hacia las luces. Ellas, en la alegría de su fiesta rutilaban y eran ya como mil voces amigas que nos llamaran a gritos desde tierra.

Los venezolanos llenos de entusiasmo, comenzaron a opinar:

—¡Desde allá seguramente estarán viéndonos también!

Yo continuaba sumida en la penumbra del puente, silenciosa, observadora, solitaria, encerrada dentro del ángulo que formaban juntas dos barcas salvavidas. Desde mi altura, contemplando el espectáculo, pensaba en aquella

15 *Celaje*: Aspecto que presenta el cielo cuando es surcado por nubes tenues y matizadas.

16 *Cendal*: Tela de lino o seda muy fina y transparente.

17 *Señuela*: Diminutivo de «señal.»

mañana que recordaba apenas vagamente, cuando pequeñita, con mis bucles a la espalda y mis medicitas cortas, había tomado junto con Papá el vapor que nos condujo a Europa. A la vista del mar, había sentido de pronto el terror de lo desconocido, y al embarcarme, había agarrado muy asustada la mano de mi aya, aquella mulata indolente y soñadora, que me cuidó siempre, desde el día de mi nacimiento con cariños maternos, que a ti también llegó a cuidarte algunas veces, y que murió en París ¿te acuerdas? víctima de las inclemencias del invierno....¹⁸

Con los ojos muy fijos en las luces crecientes de Macuto, evocaba ahora con dificultad la fisonomía fina y alargada de tío Pancho, el hermano mayor de Papá, quien había ido hasta el vapor a despedirnos y me había contado que la caldera era un infierno en donde los maquinistas, que eran unos demonios, metían a los niños desobedientes que se subían a las barandillas de cubierta... Recordaba cómo luego me había besado muchas veces, y cómo, por fin, sin decir nada había vuelto a ponerme en el suelo, y me había regalado un paquete de bombones, y una caja de cartón en donde dormía una muñeca rubia vestida de azul ... De todo esto hacia ya doce años ... ¡ah! ... ¡doce años! ... De los tres viajeros de aquella mañana regresaba yo sola ... ¿Estaría allí al día siguiente tío Pancho para recibirme? ... Tal vez no. Sin embargo, mi llegada se había avisado ya por cable y alguien me esperaría sin duda. ... ¿pero quién? ... ¿quién sería?

Macuto volvió a esconderse como había aparecido tras un brusco recodo de la costa y a poco el vapor comenzó a detenerse lentamente frente a la bahía que forma el puerto de La Guaira. Antes de echar el ancla, cabeceó unos minutos, se detuvo indolente y cobijado por la inmensidad de las montañas consteladas de luces, en el ambiente tibio parecía descansar por fin de su correr incasante.

Como te decía, Cristina, en las llegadas hay siempre un misterio triste. Cuando un vapor se detiene, después de haber caminado mucho, parece que con él se detuvieran también todos nuestros ensueños y que callasen todos nuestros ideales. El suave deslizarse de algo que nos conduce es muy propicio a la fecundidad del espíritu. ¿Por qué?... ¿será tal vez que el alma al sentirse correr sin que los pies se muevan sueña quizás en que se va volando muy lejos de la tierra desligada por completo de toda materia? ... No sé; pero recuerdo muy bien que aquella noche, detenido ya el vapor frente a La Guaira, me dormí prisionera y triste como si en el espíritu me hubiesen cortado una cosecha de alas.

Me desperté al día siguiente cuando el vapor arrancaba a andar para

18 *Aquella mulata indolente*: Esta referencia al aya mulata llevada a Europa de Venezuela es la primera en la novela a la compleja composición racial de la población venezolana, producto del mestizaje en una región cuya riqueza exportadora en el siglo XVIII había dependido del sistema de plantaciones con mano de obra esclava. La institución de la esclavitud negra sobrevivió a la Independencia, y sólo fue derogada en Venezuela en 1854, acto que libertaba a una población esclava de entre 20.000 y 40.000 personas. Véanse Nicolás Sánchez Albornoz, *The Population of Latin America: A History*, trad. W.A.R. Richardson (Berkeley: Univ. of California Press, 1974), 145, y Edwin Lieuwen, *Venezuela* (London: Oxford Univ. Press, 1961), 37.

atracar en el muelle. La alegría de la mañana parecía entrar a raudales dentro de un rayito de sol, que se quebraba en el cristal del ventanillo e inundaba de reflejos todo mi camarote. No bien abrí los ojos lo miré un instante y como si al deslumbrarme las pupilas, hubiese desvanecido también en mi alma todas las melancolías de la víspera, alegre, con la alegría solar de la mañana y con la curiosidad de los paisajes nuevos, corrí a asomarme al ojo del ventanillo. Al lento caminar del vapor el panorama se deslizaba por él muy suavemente. Había oído ponderar muchas veces la fealdad del pueblo de La Guaira. Dada esta predisposición, su vista me sorprendió agradablemente aquella mañana, como sorprende la sonrisa en un rostro que creíamos desconocido y que resulta ser el de un amigo de la infancia. Ante mis ojos, Cristina, justo a orillas del mar se alzaba bruscamente una gran montaña amarilla y estéril, pero florecida de casitas de todos los colores, que parecían trepar y escalonarse por los ribazos y las rocas con la audacia pastoril de un rebaño de cabras. La vegetación surgía a veces como un capricho entre aquellas casitas que sabían colgarse tan atrevidamente sobre los barrancos y que tenían la ingenuidad y la inverosímil apariencia de aquellas otras cabañitas de cartón con que sembraban las Madres por Navidad el nacimiento del Colegio. Su vista despertó en mi alma el inocente regocijo de los villancicos que anunciaban todos los años la alegría sonora de las vacaciones pascuales. Pensé con gran placer en que ahora también iba a abandonar la monotonía de a bordo por la fresca sombra de los árboles y por el libre corretear sobre la tierra firme. Sentí de pronto la curiosidad inmensa y feliz de aquel a quien esperan grandes sorpresas, y mientras que del lado de afuera, entre chirriar de grúas y de poleas se iniciaba el trabajo bullicioso del desembarque, yo, dentro de mi camarotes ávida de estar también sobre cubierta comencé a arreglarme y a vestirme febrilmente.

Recuerdo que acababa de poner en orden todos mis objetos y que estaba cogiendo el sombrero, cuando oí la voz de la señora Ramírez, que decía con sus indolentes y musicales inflexiones de criolla:

—¡Por aquí, por aquí! ¡ya debe estar vestida! ¡María Eugenia! ¡María Eugenia! ¡tu tío!

Al oír estas mágicas palabras me precipité fuera del camarote, y en el estrecho corredor de salida pude ver, cómo de espaldas a la luz avanzaba también hacia mí la figura alta y algo encorvada de un señor vestido de dril¹⁹ blanco. Al mirarle venir, me sacudió otra vez la emoción intensa de la víspera, pensé en papá, sentí renacer de pronto toda mi primera infancia, y emocionada, llorosa, corrí hacia el que venía, tendiéndole los brazos y llamándole en un grito de alegría:

—¡Ah! ¡tío Pancho! ¡tío Panchito!

El me estrechó afectuosamente contra su pechera blanca mientras contestaba gangoso y lento:

19 *Dril*: Del inglés *drill*, tela fuerte de algodón.

—No soy Pancho. Soy Eduardo, tu tío Eduardo, ¿no te acuerdas de mí? Y tomándome suavemente del brazo me condujo fuera del corredor hacia la claridad de cubierta.

Mi emoción del principio se había disipado bruscamente al darme cuenta de aquel desagradable *quid pro quo*. La impresión producida por la figura de mi tío, vista a la clara luz del sol, acabó de disgustarme por completo. Aquella impresión, Cristina, hablándote con entera franqueza, era la más desastrosa que pudo jamás producir persona alguna ante los ojos de otra.

En primer lugar te diré que la fisonomía de mi tío y tutor Eduardo Aguirre, me era absolutamente desconocida. En los tiempos de mi infancia este hermano de Mamá acostumbraba vivir con su familia en un lugar algo dejado de Caracas, y si alguna vez le vi, no logró impresionarme, pues que jamás catalogué su fisonomía entre aquella lejana colección de rostros que había conservado siempre en mi memoria, aunque confusos y borrosos, algo así, como retratos que han sido expuestos mucho tiempo al resol²⁰.

No obstante, sin conocer a tío Eduardo de vista, le conocía muchísimo por referencias; eso sí, papá le nombraba con frecuencia. Todos los meses llegaban cartas de tío Eduardo. Aún me parece ver a papá cuando las recibía. Antes de abrirlas, volvía y revolvía el sobre entre sus manos, con aquel gesto elegante y displicente que solían tener las puntas afiladas de sus dedos largos. Dichas cartas debían preocuparle siempre, porque después de leerlas se quedaba largo rato sin hablar y estaba mustio y pensativo. A veces mientras se decidía a rasgar el sobre, me veía, y como si quisiera desahogarse en una semi-confidencia musitaba quedo:

—¡Del imbécil de Eduardo!

Otras veces, tiraba la carta sin abrir sobre una mesa como se tiran las barajas cuando se ha perdido un turno, y entonces, por variar sin duda de vocabulario, expresando no obstante la misma idea se hacía a sí mismo esta pregunta:

—Qué me dirá hoy el mentecato de Eduardo?

Siempre había atribuido a contrariedades de dinero aquella preocupación que dejaba en papá la lectura de las cartas, y a la misma causa atribuía también sus calificativos a tío Eduardo que era el administrador de sus bienes. Sin embargo, aquella mañana de mi llegada, no bien salí a cubierta y pude a plena luz, echar una ojeada crítica sobre la persona de mi tío, adquirir inmediatamente la certeza de que papá debía tener profunda razón al emitir mensualmente aquellos juicios breves y terminantes.

Pero como me parece de interés para lo sucesivo el describirte en detalles a tío Eduardo, es decir, a este tío Eduardo de mi primera impresión, voy a esbozártelo brevemente tal cual lo vi aquella mañana en la cubierta del Arnús.

Figúrate que a la corta distancia con que suele dialogarse a bordo, junto a una franja de sol, y un rollo de cuerdas, le tenía frente a mí, apoyado contra

20 *Resol*: Reverberación del sol.

una baranda, flaco, cetrino, encorvado, palidísimo, con bigotes lacios y con aspecto de persona enferma y triste. He sabido luego que las fiebres palúdicas le minaron durante su juventud y que ahora padece de no sé qué enfermedad del hígado. El vestido de dril blanco le caía sobre el cuerpo, flojo y desgarrado como si no hubiese sido hecho para él, lo cual daba un aspecto marcadísimo de indolencia y descuido. Hablaba, y al hablar accionaba hacia adentro con unos movimientos enterizos, horriblemente desairados²¹, que no guardaban compás ni relación ninguna con lo que iba diciendo la voz, una voz, Cristina, que además de ser nasal tenía un acento cantador, monótono, desabridísimo. Yo le miraba extrañada y mientras exclamaba a gritos mentalmente:

—¡Ah! ¡Qué feo!

Procuraba esconder tras una amable sonrisa aquella breve impresión o sentencia crítica tan poco halagüeña para quien la producía. Y con el objeto de disimular aún mejor, comencé a informarme de pronto por toda la familia. Le pregunté por Abuelita, tía Clara, su mujer, y sus hijos. Pero era inútil. Mi amable interrogatorio resultaba puramente maquinal. Mi pensamiento andaba tras de mis ojos, y mis ojos insaciables no se cansaban de escudriñarle de arriba abajo, mientras que en mis oídos, llenos ahora de verdad y de vida, parecían resonar de nuevo las palabras de Papá: «El imbécil de Eduardo»... «El mentecato de Eduardo»...

El, en su charla, desairada y sin vida, apoyado de espaldas en la baranda y con el rollo de cuerdas a sus pies, me dijo que todos en la familia deseaban muchísimo verme; que con el solo objeto de recibirme se había venido de Caracas desde la víspera en la mañana por estar anunciado el vapor para ese, mismo día en la tarde; que por lo tanto, aquella noche había dormido en Macuto; que desde allí había visto pasar el vapor a eso de las siete; que de un momento a otro deberían llegar al muelle su mujer y sus cuatro hijos, los cuales habían salido en automóvil de Caracas hacía ya más de una hora; que era probable que por su lado viniese también tío Pancho Alonso, porque algo le había oído decir sobre el particular; que teniendo ciertos asuntos urgentes que despachar en La Guaira le parecía mejor el que almorzásemos todos juntos en Macuto; que como yo vería, Macuto era fresco, alegre y muy bonito; y que, finalmente, luego de almorzar subiríamos a Caracas donde me esperaban Abuelita y tía Clara consumidas de impaciencia,

Y mientras esto decía era cuando yo lo miraba con aquella amable sonrisa, juzgándole feo, desairado y mal vestido. A pesar del gran embuste de la sonrisa, algo debía reflejar mi semblante porque de pronto él dijo:

—Te vine a recibir así... ya ves., porque aquí no se puede andar sino vestido de blanco, ¡hace un calor! Y desde ahora te advierto que La Guaira te va a hacer muy mal efecto. Es horrible: unas calles angostísimas, mal empedradas, mucho sol, mucho calor, y... —añadió con misterio bajando la voz— ¡muchos negros! ¡ah! ¡es horrible!

21 *Desairado*: Lo contrario a airoso, bien dispuesto.

Yo contestaba con la amable sonrisa petrificada en los labios:

—No importa, tío, no importa. Como no vamos a estar sino de paso ¡qué más da!

Pero te aseguro, Cristina, que si nos hubiésemos hallado en el Palacio de la Verdad, donde es fama que pueden expresarse los más íntimos pensamientos sin tomar en consideración este exagerado respeto que en la vida real profesamos al amor propio ajeno, yo habría contestado:

—Es muy probable que La Guaira sea tan fea como dices, tío Eduardo, y sin embargo, estoy cierta de que su fealdad no es nada comparada con la tuya. Sí; La Guaira debe tener la fealdad venerable y discreta de las cosas inmóviles; y es segurísimo que ella no acciona hacia adentro, ni se viste de flojo²², ni tiene bigotes lacios, ni habla por la nariz. Mientras que tú sí, tío Eduardo, desgraciadamente tú accionas, hablas, te vistes, y por consiguiente, tu fealdad activa se prodiga y se multiplica hasta lo infame en cada uno de tus movimientos.

Pero naturalmente que en lugar de decir esta sarta de inconveniencias, dije que me parecía admirable el proyecto de irnos a almorzar a Macuto; que deseaba mucho el que nos permitiesen desembarcar pronto; que habíamos hecho un viaje magnífico; que las noches de luna en alta mar eran una maravilla, que el invierno en Europa se anunciaba muy frío, y que en París se usaban las faldas cada día más cortas.

Deseoso de complacerme en lo de bajar a tierra, tío Eduardo se fue a activar los trámites del desembarco, y yo, mientras esperaba, solitaria y reclusa en un rincón de cubierta, como la víspera en la tarde, ahora también me di a contemplar el panorama grandioso de la montaña, el mar, las chalupas corredoras, las velas lejanas, y muy cerca de mí a un costado del vapor el movimiento humano por el puerto.²³

22 *Vestir de flojo*: Se refiere a la descripción anterior, “El vestido de dril blanco le caía sobre el cuerpo, flojo y desgarbado...”

23 *El movimiento humano por el puerto*: En la primera edición, de 1924, a este párrafo, lo seguía todo un largo párrafo que la autora decidió eliminar en la segunda edición, de 1928. Lo reproduzco aquí por su relevancia a los temas de la raza y el racismo en la novela: «Con nosotros había llegado también otro vapor que tenía todo el muelle ocupado en el trájín de su carga y su descarga. Por eso en aquel momento, los fardos y los sacos iban y venían cruzándose bulliciosos por el aire sobre el estrecho malecón. Distraída les estuve mirando pasar y repasar como a extraños transeúntes que tuvieran vida propia. Después, poco a poco, bajo la animación ficticia de lo inanimado comencé a fijarme en la real animación que la causaba; eran los cargadores del puerto, casi todos mestizos o mulatos medio desnudos que caminaban lentos y encorvados bajo el peso de la carga. No eran en realidad negros como acababa de decir tío Eduardo, no, ninguno de ellos tenía esa unidad de rasgos ni esa uniformidad de aspecto que había visto otras veces en los negros puros, sino que constituían cada uno en particular y todos en conjunto una abigarrada mezcla de razas, donde se sentía prevalecer la blanca, pero desprestigiada como en las caricaturas prevalece el parecido a pesar de las deformidades. Se cruzaban a mis pies bajo los fardos, inclinados, sudorosos, y aquel cansancio que los agobiaba no parecía provenir tanto de la carga que llevaban sobre los hombros como de una carga invisible, escondida en sus propias existencias. Era como si además de los fardos, la vida les pesase también. Cuando volvían de dejar algún saco, caminaban indolentes, con los brazos caídos, en actitudes de abandono que tenían mucho de aquel misterio sombrío que pesaba también sobre los movimientos de tío Eduardo... ¡Ah!... ¿en qué consistiría tan triste languidez?... ¿sería la influencia del calor?... ¿sería la acción de alguna enferme-

Pero de pronto, cuando más absorta me hallaba, oí que me llamaban varias voces alegres y sonoras. Volví la cabeza para atender al llamamiento y vi que las voces salían de una colección de fisonomías frescas, bonitas y sonrientes que venían a mí precedidas de tío Eduardo. Agradeciendo la alegría del saludo corrí hacia el grupo a fin de corresponder al bullicio de las voces con un bullicio de abrazos. Pero tío Eduardo juzgó prudente dar al encuentro cierto barniz de ceremonia, y deteniendo mi impulso, con un ademán desairadísimo de su mano izquierda, dijo:

—Espera, que voy a presentártelos. —Y fue señalando así, por orden de edad:

—María Antonia.

—Genaro Eduardo.

—Manuel Ramón.

—Cecilia Margarita.

—Pedro José.

—Y ... ¡María Eugenia!... —añadió señalándome a mí.

Yo los abracé entonces a todos ordenadamente, pensando si aquella obsesión o manía por los nombres dobles, sería cosa de mi familia nada más, si se extendería también por Venezuela entera, o si traspasando las fronteras invadiría todo el continente americano; gracias a lo cual durante un segundo entre besos y abrazos evoqué muy claramente el mapa de Sur América con su forma alargada de jamón.

Como Papá no nombraba jamás a la familia de tío Eduardo, ni yo había visto nunca sus retratos, no bien hube repartido los ordenados abrazos, sentí que en mi cabeza se formaba una ensalada de caras y de nombres sueltos imposibles de combinar y colocar después en sus respectivos sitios. No obstante, en honor de la verdad, Cristina, debo confesarte que aquella ensalada de tío Eduardo no estaba nada mal. La edad de mis cuatro primos es de: dieciocho, dieciséis, catorce, y trece años, respectivamente. En aquel instante, animados y decidores, me hablaban todos a la vez y como al hablar sonreían alegremente con unos dientes muy blancos y unos ojos muy negros, yo me puse de muy buen humor y también saqué a relucir toda mi colección de amabilidades y sonrisas.

Pero debo advertirte, no vayas a confundir, que esto de la ensalada más o menos fresca, agradable y bien aderezada, no atañe sino a mis primos, o sea a las cuatro últimas combinaciones de la lista que he tenido la precaución de escribirte. Porque el encabezamiento de dicha lista o sea la combinación: «María Antonia» corresponde a la persona de mi tía política «la honorable matrona» como dirán los periódicos el día de su muerte, esposa de tío Eduardo, y madre o cocinera-autora de la ensalada, quien al igual de su marido, exige imperiosamente los honores de un croquis que paso a esbozarte ya lo mejor y más brevemente posible:

dad?... ¿sería cansancio de vivir?... ¿Qué sería?... Y observadora y curiosa continué mirando el humano trajín preguntándome ahora asustadísima si toda la familia, todos los amigos, todos los parientes de Caracas, irían a parecerse también a tío Eduardo y a los cargadores del puerto.» Teresa de la Parra, *Obra escogida*, I, 48.

Mi tía María Antonia Fernández de Aguirre es más bien pequeña, y su figura completamente trivial e insignificante a no mediar la circunstancia de los ojos. Pero María Antonia, Cristina, tiene unos ojos inmensos, redondos, negrísimos y brillantes, que están circundados por unas ojeras que también son inmensas, redondas, negrísimas, pero opacas. Este consorcio de los enormes ojos con las enormes ojeras, no es nada banal como te he dicho ya, sino que por el contrario, tanta negrura brillante asomada a tantísima negrura opaca viene siendo algo así como una tragedia espantosa de cinematógrafo de esas que pasan entre apaches con puñales en un cuarto oscuro. Y naturalmente que la intensa tragedia de los ojos, tiene una influencia directa sobre toda la persona física y moral de María Antonia. En el rostro, por ejemplo, la boca cerrada se tuerce siempre, sin saber por qué, y el observador al mirarla así, cerrada y torcida, busca al punto los ojos y se explica el fenómeno pensando: «son efectos de la tragedia». Lo mismo dice al considerar la sombra oscura que como una tinta misteriosa parece filtrarse de las pupilas y correr suavemente bajo la epidermis; y lo mismo repite al considerar el pelo negrísimo, y la voz, y las palabras, y el sentido de ellas, y los colores violentos y algo desavenidos, con que suele vestirse. Moralmente María Antonia es irreprochable. Yo lo sé porque Abuelita lo dice con bastante frecuencia a compás, separando imperceptiblemente las sílabas mientras separa al mismo tiempo cinco hilos de su calado: «I`rre`pro`cha`ble». Y la verdad, creo que en eso Abuelita tiene mucha razón. Una prueba palpable de ello es el culto apasionado y ferviente que María Antonia le profesa a la moral. No a la moral suya, lo cual sería horriblemente egoísta, sino a la moral en general, y sobre todo a esa moral delicada y sutil que se expone y peligra a todas horas adheridas a la conducta de las mujeres bonitas. Para observar las oscilaciones y salvar la integridad de esta faz concreta de la moral, María Antonia posee una actividad, un celo, una doble vista y un ardor de misionero que es verdaderamente admirable. Y he aquí, en síntesis, mi impresión general acerca de María Antonia, su psicología y sus ojos, tal como se me revelaron por primera vez aquella mañana y tal como los he seguido observando desde entonces. Ahora bien, tío Pancho Alonso que es sumamente disparatero suele decir refiriéndose a estos últimos:

—Los ojos de María Antonia están muy bien. Recuerdan mucho un par de botas de charol sin estrenar, y parecen hechos de una materia inflamable, ardiente y peligrosa, algo que oscila entre la dinamita y lo que el vulgo llama «envidia negra». ¡Ah!, pero eso sí; muy negra, muy limpia, muy brillante; ¡muy bien embetunada!

Por supuesto, Cristina, que yo no acepto esos términos de zapatería al hablar de unos ojos, y te ruego a ti que tampoco los tomes en consideración. Son disparates de tío Pancho, que con su mala lengua todo lo mezcla y lo confunde.

Cuando mis primos y yo dimos por terminados los mutuos saludos y cum-

plimientos, fuimos a visitar el vapor. Lo recorrimos varias veces en distintas direcciones y luego de sentimos ya cansados, acaloradísimos y muy buenos amigos, bajamos todos a tierra. Cuando estábamos aún estacionados a las puertas de la aduana, esperando no sé qué, de golpe, como una exhalación envuelta por una nube de polvo, pasó un automóvil bastante deteriorado y mis primos al mirarle cruzar frente a nosotros gritaron todos a una:

—¡Es Don Pancho Alonso! ¡Don Pancho! ¡Don Pancho! —Y se pusieron a hacer señas al automóvil que se detuvo y comenzó a andar hacia atrás.

¡Por fin aparecía tío Panchito!

Mientras ellos seguían con sus señas y sus voces, yo corrí a toda prisa en sentido contrario al auto que retrocedía, llegué hasta él, abrí ágilmente la portezuela, y entonces, delgado, canoso, paternal, risueño, afeitado, oloroso a brandy, cariñosísimo, vestido de nuevo, y muy diferente a lo que yo recordaba, junto al automóvil empolvado y viejo, con los brazos y con toda el alma me estrechó un largo rato tío Pancho Alonso.

Luego que nos hubimos abrazado los dos a nuestra entera satisfacción, y luego que él, alegre y sorprendidísimo de encontrarme tan bonita, me lo dijo con una diversidad de flores que eran un encanto, dado lo muy acertadas y a mi gusto que resultaron todas, se fue a saludar a los demás. Por cierto que mientras se saludaban ocurrió entre ellos un pequeño incidente bastante original, que pobló de consecuencias todo el resto del día.

Y es que pasa, Cristina, que mis cuatro primos a más de poseer nombres dobles, cosa que los mezcla y los confunde mucho, gozan además por otros respetos de la uniformidad más absoluta. Todos se parecen. No sólo en el físico, sino en la identidad de los puntos de vista, en el sistema de enfocar sus imaginaciones, y en el vocabulario empleado para expresar sus ideas. De ahí que al hablar coincidan siempre unos con otros, tanto en el fondo como en la forma de sus opiniones, pero de un modo tan exacto que si por circunstancias esta coincidencia, en vez de ser simultánea es sucesiva, resulta una especie de letanía absolutamente crispante.

Ocurrió, pues, que luego de abrazarnos efusivamente, mientras tío Pancho y yo caminábamos juntos el cortísimo espacio que separaba el automóvil de la aduana, mis primos, uno tras otro, nos fueron saliendo al encuentro y cada uno de ellos, antes o después de saludar, hizo más o menos, con ligerísimas modificaciones, la siguiente observación:

—¡Caramba! ¡Y qué elegante se puso Don Pancho para recibir a la sobrina; ¡vestido de *tussor*²⁴ nuevo!

Así dijo el primero; dijo el segundo, dijo el tercero; pero al decir el cuarto, tío Pancho, que realmente, según he visto después, se hallaba en aquel momento, y en honor mío, de una inusitada elegancia, ante tan gran insistencia perdió por completo el dominio de sus nervios. Con un movimiento rápido que le es muy peculiar, se puso los dos brazos en jarras sobre la flamante cha-

24 *Tussor*: (fr.) Un tipo de seda.

queta de *tussor*, y como si los demás, precedidos ya solemnemente por tío Eduardo y María Eugenia, estuviesen todos sordos, me interrogó muy serio contemplándome de hito en hito:

—Díme: ¿tú habías visto nunca un arreo en donde todos los burros pasaran rebuznando al mismo tiempo?

Yo miré el traje nuevo de tío Pancho, su expresión, sus brazos en jarras, la cara de mis tíos, la de mis primos, y me pareció todo tan cómico que sin decir ni sí ni no, reventé en una sonora carcajada. Al oírme reír uno de los del arreo, protestó al momento muy ofendido:

—¡Qué poca corriente tiene, Don Pancho!

María Antonia por su lado le dijo a tío Eduardo con la tragedia de los ojos que daba miedo:

—¿Tú ves? ¡Si es que son unas groserías que no se pueden aguantar!... Y sin más quedó establecida la discordia.

No obstante, mis primos, que son poco rencorosos, acabaron por olvidar el agravio. Tío Pancho nos llevó en automóvil a pasear por Macuto y sus alrededores, nos obsequió varias veces con *cocktails* y aceitunas, nos regaló dulces, y como en entretanto a propósito de cuanto veíamos decía cosas divertidísimas, cuando llegó la hora del almuerzo, entre mis primos y él se había establecido ya un acuerdo.

Pero no pareció ocurrir lo mismo con María Antonia. Al sentarnos a la mesa, ella tomó al punto la palabra, y con una voz gutural y solemne, que ante el gran público de vasos, platos, jarras, botellas, cuchillos y tenedores del hotel, casi vacío, resultaba muy ciceroniana y muy bien, reprendió severamente a sus hijos por haber tomado *cocktails*, y habló horrores del alcohol en general deteniéndose muy especialmente en el *brandy* y el *whisky*, bebidas que, según he visto después, son por desgracia las dos amigas predilectas de tío Pancho.

Este discurso anti-alcohólico me habría impresionado vivamente en contra de los *cocktails*, a no mediar las contestaciones escépticas y un tanto irreverentes que dio tío Pancho mientras se bebía a sorbos un enorme vaso de cerveza con hielo. Sí; Cristina, tío Pancho es insensible al fuego magnético de la elocuencia; lo comprobé aquel día y desde entonces, lo considero completamente inmovilizable. ¡Ah! sí; yo creo firmemente que tío Pancho nunca, jamás, hubiera formado parte de esas falanges gloriosas, orgullo de la humanidad, que encendidas de entusiasmo a través de los siglos, han seguido a Demóstenes, a Pedro el Ermitaño, a San Francisco, a Lutero, a Mirabeau, y a Gabriel d'Annunzio...²⁵

25 *Demóstenes, ... Pedro el Ermitaño, ... San Francisco, ... Lutero, ... Mirabeau, y ... Gabriel d'Annunzio*: Estos seis individuos, todos hombres, pertenecen a seis siglos diferentes, comenzando con el siglo IV a.C. y llegando a la actualidad de la ficticia María Eugenia. Lo que tienen en común es su elocuencia, su capacidad oratoria y retórica de sermonear, de persuadir y dominar a su público, de convertirlo a su causa, de dirigir grupos de personas a través de la palabra encendida, enfática y emotiva. El elogio a tío Pancho por su incapacidad de integrar cualquiera de «esas falanges gloriosas» de entusiastas seguidores de tanto líder elocuente se contrasta explícitamente con la crítica a la palabra «muy ciceroniana» de la tía María Antonia. Esta, autoritaria, moralista y «solemne,» se lanza ante «el gran público de vasos,» etc., a hablar «horrores del alcohol en general» y en particu-

Después de hablar de los *cocktails* y del alcohol se habló de París, y María Antonia dijo:

—Me hace el efecto de una gran casa de corrupción que estuviera suelta por las calles. Una mujer honrada y que se estime, no puede andar sola en París ¡porque se ven horrores! ¡horrores!

Y en señal de horror se llevó la mano derecha sobre los ojos ...

Intrigada y llena de curiosidad, yo me quedé un gran rato con la mirada fija sobre un pedazo de pan evocando uno tras otro, los bulevares de París, a fin de contemplar aquellos horrores con la imaginación, ya que no podía contemplarlos con los ojos. Pero no lograba recordar ninguno y tío Pancho acabó al fin por sacarme de mi abstracción con este discurso original y un tanto paradójico:

—¡Reniego de los trasatlánticos que establecen comunicaciones con Europa! Creo que como Hernán Cortés, todos los conquistadores debieron tomar la precaución de quemar sus naves inmediatamente después de desembarcar, a fin de evitar cualquier tentativa de retorno. De este modo viviríamos aquí siempre contentos como viven las ranas de los charcos, que nunca están

lar de las bebidas predilectas de tío Pancho, estableciendo contra él una abierta dinámica adversarial. Aunque durante el último tercio de 1921 (el tiempo de la redacción de la carta de María Eugenia), la referencia a d'Annunzio bien podría aludir al protofascismo de éste, creo que sería anacrónico ver el uso de la palabra «falange» como una alusión al Falange español, partido que no fue fundado hasta 1933.

Demóstenes: Ateniense del siglo IV a. C.; el orador más famoso de la Antigua Grecia y portavoz del partido democrático, comparable al romano Cicerón por su influencia retórica en la Edad Media, el Renacimiento y después. En sus discursos, insultaba y rebajaba a sus adversarios y fue criticado por algunos de los antiguos por su teatralidad.

Pedro el Ermitaño: Monje y asceta francés (1050-1155) y uno de los líderes de la cruzada popular, respuesta al llamado del papa Urbino II en 1095 para reconquistar Jerusalén de los turcos. Predicó con gran éxito a las multitudes, llevando a sus miles de seguidores fanáticos a través de Europa a Constantinopla y luego a Nicea, donde casi todos fueron aniquilados.

San Francisco: (1181/2-1226) Fraile italiano y fundador de la Orden Franciscana, cuyo fervor evangélico, carisma y voto a la pobreza le ganaron a miles de seguidores.

Lutero: (1483-1546) Teólogo y reformista agustino alemán, cuyas críticas, comenzando por el año 1517, a ciertas doctrinas de la Iglesia romana llevaron a su excomunión en 1521 y a la Reforma protestante de la que surgieron las varias denominaciones del protestantismo. Tradujo la Biblia a alemán.

Mirabeau: (1749-91) El orador más destacado por su elocuencia de la Asamblea Nacional francesa durante los primeros dos años de la Revolución de 1789. Quería reconciliar la revolución con la monarquía. Murió antes de la ejecución de Luis XVI en enero del '93 y antes del ascenso de Robespierre.

Gabriel d'Annunzio: (1863-1938) El escritor italiano más famoso de finales del siglo XIX y principios del XX. Profundamente influido por el superhombre de Nietzsche, exhortó a Italia a participar en la Primera Guerra Mundial, y en septiembre de 1919 dirigió un ejército nacionalista voluntario de 2000 italianos, que tomó la ciudad de Fiume (hoy día Rijeka, en Croacia), forzando la retirada de las tropas aliadas. Quería, sin éxito, forzar a Italia a anexar a Fiume. La declaró un estado independiente, pero el 25 de diciembre de 1920 se rindió con sus tropas al bloqueo del ejército italiano. Mussolini lo admiraba mucho, y se inspiró en su imagen de superhéroe ultramasculino. En 1920 ya existían las camisas negras o grupos paramilitares ultraderechistas; en 1921 se fundó en Roma el Partido Nacional Fascista, y en octubre de 1922 Mussolini marchó sobre Roma y tomó el gobierno. Aunque d'Annunzio simpatizaba con los fascistas, dejó de ser políticamente activo bajo su régimen.

de mal humor porque carecen del concepto «peor» y sobre todo del concepto «mejor» fuente de casi todas las desgracias humanas. Sí; establecidos bajo el sol de los trópicos después de haber robado y asesinado patriarcalmente a todos los indios, debimos evitar con prudencia las nefastas influencias europeas. Disfrutaríamos así alegremente de uno de los más benignos climas del mundo, nos comeríamos ahora con delicia las frutas de esa compotera que son bastante jugosas y perfumadas, nos adornaríamos con las plumas maravillosas de nuestros pájaros, y dormiríamos en hamaca que es sin duda ninguna la más fresca y mullida de las camas. De resultas de tan sabia política no habría habido Guerra de la Independencia, Bolívar no hubiera tenido ocasión de distinguirse en ella como Libertador, y a estas horas los periódicos no atormentarían diariamente celebrando nuestras glorias patrias con esa profusión de hipérbolos, redundancias, y adjetivos de malísimo gusto; quizás no existieran tampoco los periódicos lo cual sería ya el colmo del bienestar. Por mi parte, yo no hubiera tenido la posibilidad de instalarme en París hace cosa de treinta años, y no habría gastado hasta el último céntimo de mi fortuna regalando collares de perlas, sombreros de dos mil francos, y perros premiados, cosas que me parecen ahora completamente superficiales. ¡Ah! sí; digan lo que quieran yo detesto los antiguos buques de vela y detesto muchísimo más aún los modernos trasatlánticos. Los considero el origen de nuestras desgracias. Pero en fin, después de todo me conformo con los buques de vela y quisiera haber nacido en la época feliz de la Colonia, allá, cuando nuestras bisabuelas y tatarabuelas atravesaban las calles empedradas de Caracas en sillas de mano, llevadas por dos esclavos que eran siempre fieles, negríssimos y robustos, porque no habían sido contaminados aún con los vicios y las pretensiones de la raza blanca.

—Verdaderamente —dijo el menor de mis primos—, yo creo que debe ser muy agradable andar en silla de mano. ¡Será algo así como ir caminando por el aire sin tocar el suelo! Lo malo es que se debía andar despacísimo. ¡Ah! ¡qué diferencia ahora con el automóvil!

—No lo creas, hijo mío —dijo tío Pancho—. Era muchísimo mejor sistema el de la silla de mano. En primer lugar se economizaban los cauchos y la gasolina, por otro lado había menos choques, y en cuanto al tiempo gastado en el trayecto eso no tenía entonces la menor importancia. Para nuestros bisabuelos lo mismo era llegar temprano que llegar tarde, o que no llegar nunca. La manía de llegar es relativamente moderna y el más terrible azote con que nos mortifica a todos la civilización.

María Antonia, cuyo pudor se había herido vivamente por el cinismo que encerraban los collares, los sombreros, y los perros premiados, volvió a tomar la voz ciceroniana y dijo refiriéndose a la imagen de las ranas:

—No comprendo por qué razón no hemos de ir a Europa. Yo a Dios gracias, no me considero rana, ni creo que Venezuela sea ningún charco. Tenemos nuestros defectos, es verdad, como allá también tienen los suyos, pero

en todas partes, aun en el mismo París, hay gente muy honrada y muy buena con quien se puede tratar. Pero los que van de aquí no tratan sino con la escoria, y creen que eso es lo elegante y lo que debe ser. Cuando yo fui a Europa recién casada, me distraje mucho: ¡Como se distrae la gente decente, eso sí! ¡Eduardo me cuidaba muchísimo! Eduardo no me llevó jamás a ciertos teatros donde van ahora muchas niñas suramericanas; Eduardo no me dejaba salir sola; Eduardo no me permitía de ningún modo que bailara; ni que tuviera intimidad con nadie; ni que me pintara; ni que me pusiera vestidos indecentes: ¡aunque estuvieran muy de moda! ni que...

Y mientras seguía la enumeración, yo, ladeé ligeramente la cabeza, porque en el centro de la mesa, la compotera, colmada de frutas y de flores me ocultaba a «Eduardo» sentado frente a mí y me urgía muchísimo contemplar a mi sabor aquel busto de Otelo²⁶. Pero, desgraciadamente, allende la compotera, Otelo, no parecía estar en carácter, circunstancia que le quitó colorido a la enumeración. En aquel momento psicológico se hallaba tranquilamente con el tenedor en la mano derecha, un pedacito de pan en la mano izquierda, y los ojos clavados en su plato muy ocupado en quitarle las espinas a su porción de pescado. Y como terminase al punto tan delicada empresa se llevó a la boca el tenedor cargado de blanquísima pulpa, la saboreó, la tragó, esperó pacientemente a que María Antonia rematase su discurso y dijo entonces con un hilillo sutil de mayonesa prisionero entre dos hilos de su bigote:

—¡Pues yo encuentro que el pescado está fresquísimo! Me parece exquisito, muy bien preparado y no comprendo por qué en Caracas no hemos de comerlo así. María Antonia: es indudable que la cocinera nos roba, convéncete. Por el afán de robar, compra siempre el pescado peor; ¡el que nadie quiere! Pues ahora al pasar por La Guaira voy a hablar con el encargado del depósito, y si me dejan el pescado a precio de costo en Caracas lo voy a encargar fijo para tres días en la semana. Si te parece, la cocinera misma puede pasar a buscarlo cuando vuelve del mercado empleando la misma correspondencia de tranvía que toma siempre para llegar hasta casa.

María Antonia, cuyo plano mental se hallaba ahora muy distante del pescado, la cocinera, y el tranvía, contestó indignada:

—Julia la martiniqueña no nos roba en absoluto! ¡Me consta que es honradísima! ¡Y encuentro muy malo este pescado! La mayonesa está hecha con un aceite infernal; ¡Qué diferencia con el que tomamos en casa!

—Pues a mí, lo mismo que a Papá, me parece muy bueno el pescado, —dijo mi prima con cierta melancolía— pero no me lo como porque vi al trasluz mi tenedor y deja mucho que desear... y es inútil que pida otro... los cubiertos de los hoteles: ¡siempre están sucios!... Y es que no los lavan sino que los limpian con un paño ¡lo vi ahora al pasar!...

—Oye un consejo, hija mía —dijo tío Pancho muy condolido—; nunca veas los cubiertos ni nada a trasluz. En la comida lo mismo que en todo lo demás

26 *Otelo*: Se refiere al protagonista de la tragedia «*Othello, The Moor of Venice*,» (ca. 1603) de Shakespeare. Otelo funciona aquí como el prototipo de marido celoso.

el afán investigador no nos conduce sino a descubrimientos desagradables. Las personas más felices serán siempre aquellas que hayan descubierto menos cosas durante su vida. Te hablo por experiencia. Mira, desde que yo he perdido la vista lo suficientemente para confundir una mosca con un grano de pimienta, tengo mejor humor y muchísima mejor digestión.

—¡Ay! ¡Confundir una mosca con un grano de pimienta! ¡Comerse una mosca! ¡Qué horror! ¡Qué horror! dijeron a la vez casi todos mis primos.

Pero tío Pancho en un nuevo discurso muy bien documentado, y un poco paradójico también, nos demostró palpablemente los grandes perjuicios que ocasionan a la humanidad el microscopio, la higiene, las vacunas, la cirugía, y las academias de Medicina; cosas todas que según él suelen acabar con las personas verdaderamente robustas, conservando en cambio a los enfermizas, a los pobres, a los aburridos y a los desgraciados, seres infelices contra quienes se ensañan arbitrariamente al privarle de la muerte que es cosa tan natural e inofensiva.

María Antonia que hierve todos los días el agua filtrada, y duerme todas las noches con mosquitero, se escandalizó naturalmente al oír tan horrible dislate. Con tal motivo se discutió; se habló después sin discutir; se tomó café; se volvió a discutir; se dio por terminado el almuerzo; paseamos entonces a pie por la playa; nos retratamos bajo unos árboles; y apaciguado ya el sol y repartidos en los dos autos emprendimos el camino de Caracas.

Antes de subir al automóvil yo había advertido:

—Quisiera ir delante con el *chauffeur* para ver mejor el camino.

Y de nuevo, tras el volar del auto por la cinta blanca de la carretera, sobre los abismos y las montañas, en silencio, desde el templo interior de mi sensibilidad, me entregué a la contemplación, a la comunión íntima con la naturaleza, a las suaves evocaciones y al miedo voluptuoso de llegar...

El viaje de Macuto a Caracas, Cristina, es una atrevida excursión por la montaña, que dura casi dos horas. Para hacer esta excursión escalan la montaña y se la disputan juntos la carretera y el tren. El tren que es pequeñito y angosto, corre sobre unos rieles muy unidos, y para correr sobre ellos tiene rastreos ondulantes de serpiente y a ratos tiene también audacias de águila. Hay veces que se desliza entre lo más oscuro y verde de la montaña y cuando se piensa que sigue escondido aún entre las malezas y las rocas que están a la falda del monte, aparece de pronto sobre un picacho, animoso y valiente, con su penacho de humo. Antes de emprender el vuelo anda primero junto al mar muy cerquita de las olas, entra por los aledaños de La Guaira y del vecino pueblo de Maiquetía, da unos cuantos rodeos indecisos y es después cuando se lanza a conquistar la montaña.

La carretera, que es más franca y menos audaz que el tren, camina también un rato junto al mar y los rieles, pasa por los dos pueblos, se aparta luego de todos y entonces ella sola en blancas espirales va enlazando la montaña con su cinta de polvo.

Cuando empezamos la ascensión tío Pancho me advirtió que aquella montaña que íbamos a escalar, estaba formada por un brazo de los Andes; y al momento el paisaje se cubrió para mis ojos de un inmenso prestigio. A decir verdad, el aspecto de la montaña es tan grandioso que no desdice en nada de su filiación. Es arrogante, misteriosa y altísima. Sus cimas dominan a Caracas y la separan del mar. Vista desde la ciudad cambia de color varias veces al día, condescendiente a los caprichos de la atmósfera que la rodea. Estos cambios y caprichos le han dado un carácter muy suyo y para interpretárselo, la copian con amor todos los pintores²⁷, la cantan con más amor aún todos los poetas y en recuerdo al conquistador que la tomó a los indios en no sé qué fecha se llama de su nombre «El Avila».

Desde que salimos de Macuto, con la brisa azotándome el rostro, yo tenía una inquieta curiosidad por sentir muy de cerca el alma del paisaje americano y me di a buscarle con cariño en todos los detalles del trayecto.

Luego de correr junto al mar y atravesar La Guaira y los arrabales del pueblo de Maiquetía, pasamos junto a los cocales que se extienden allí cerca por la playa, y desde aquel momento atrajeron mis ojos y conquistaron mi atención los cocoteros.

Es indudable: para mí, Cristina, todo el encanto, toda la dulce languidez del alma tropical se mece en los cocoteros. Cuando son muchos y se pasa junto a ellos, tienen vaivenes de hamaca, desperezos de siesta y susurros de abanico. El mar se clarea siempre allá en el fondo, y a través de tantos tallos que se retuercen y se encogen con actitudes de dolor humano, en aquella perspectiva que está a la vez poblada y desierta como una iglesia vacía, hay una paz intensa en donde sólo vibra la nota azul del mar suave y lejana como un ensueño. Cuando se va subiendo una montaña y se ven los cocoteros de arriba, sus cabezas desmelenadas sobre la finura del tallo parecen alfileres erizados en un acerico²⁸, que es la playa., Si el cocotero es uno solo y se mira a distancia, en pleno aislamiento, erguido frente al mar, tiene la melancolía de un solitario que medita, y la inquietud de un centinela escudriñando el horizonte; sus palmas desgajadas en el espacio a tan larga distancia de la tierra parecen flores puestas en un búcaro²⁹ de pie muy largo. Si se mira de tan lejos que lo etéreo del tallo se ha perdido en la atmósfera, aquellas hojas flotando en el ambiente, tienen entonces el misterio de un jirón de incienso que sube, y parecen evocar el símbolo místico de las oraciones abriendo sus tesoros junto al cielo.

Mientras íbamos escalando la montaña me perdía yo en estas contempla-

27 *Todos los pintores*: Algunos de los pintores eran el venezolano Jesús María de las Casas, con su cuadro «Atardecer en el Avila» (hacia 1915), el venezolano Próspero Martínez, con «Paisaje del Avila - vista desde El Calvario» (hacia 1920) y el español Manuel Cabré, con «Avila (paisaje del Avila desde Chacao)» (1920).

28 *Acerico*: Alfilerero; almohadilla para guardar agujas y alfileres.

29 *Búcaro*: Vasija de cerámica para poner flores.

ciones sin pensar ya en La Guaira, que habíamos dejado atrás, cuando de pronto, en una brusca revuelta del camino, allá, bajo nuestros pies, en el fondo del abismo, apareció de golpe, pero tan chiquita, tan chiquita, que con todas sus casas, sus vapores, sus barquitas, y sus lanchas, parecía ya tan sólo un juguete de niños. Allí, en aquel mundo diminuto se hallaba también nuestro vapor que iba a zarpar al caer de la tarde. Desde mis alturas me pareció elegante y fino como una gaviota que se dispone a volar, y durante un rato tuve una envidia infinita por su vida aventurera... ¡Ah! ¡él se marcharía ahora a uno y otro, y otro puerto, siempre animado y activo, y nunca jamás sentiría como yo la aridez de los reposos finales, definitivos!...

Estas fueron mis últimas consideraciones «marinas» porque en otra brusca revuelta de la carretera se volvió a perder La Guaira tan repentinamente como había aparecido antes; luego de caminar un rato acabó por esfumarse también la estrecha cinta azul que nos quedaba de mar, y entre abismos y rocas nos metimos ya definitivamente en el corazón de la montaña. Por ella anduvimos mucho rato subiendo y bajando hasta que poco a poco se allanaron los abismos, se aplanó el camino, apareció el valle, y entramos en los arrabales de Caracas.

Yo acababa de empolvarme, de pintarme, y de arreglar en general los desperfectos ocasionados por el viaje en mi rostro y mi sombrero, iba de nuevo calzándome los guantes, y mientras tal hacía miraba el sucederse de las calles y me preguntaba: ¿Pero cuándo entramos por fin en la ciudad?...

Tras de mí, tío Pancho, adivinó al momento mi pregunta porque advirtió de su cuenta, sin que yo nada hubiese dicho: —Esto es ya el centro de Caracas, María Eugenia.

¿El centro de Caracas?... El centro de Caracas!... y entonces... ¡qué se habían hecho las calles de mi infancia, aquellas calles tan anchas, tan largas, tan elegantes y tiradas a cordel?... ¡Ah! Cristina ¡qué intactas habían vivido siempre en mi recuerdo, y qué cruelmente las desfiguraba de pronto la malvada, la infame evidencia!...

Unas casas de un solo piso, chatas, oprimidas bajo los aleros, adornadas las fachadas por el enrejado de las ventanas salientes, se extendían a uno y otro lado de las calles desiertas, angostas y muy largas. La ciudad parecía agobiada por la montaña, agobiada por los aleros, agobiada por los hilos del teléfono, que pasaban bajos, inmutables, rayando con un sinfín de hebras el azul vivo del cielo y el gris indefinido de unos montes que se asomaban a lo lejos sobre algunos tejados y por entre todas las bocacalles. Y como si los hilos no fuesen suficiente, los postes del teléfono abrían también importunamente sus brazos, y, fingiendo cruces en un calvario larguísimo, se extendían uno tras otro, hasta perderse allá, en los más remotos confines de la perspectiva... ¡Ah! ¡sí! ... Caracas, la del clima delicioso, la de los recuerdos suaves, la ciudad familiar, la ciudad íntima y lejana, resultaba ser aquella ciudad chata... una especie de

ciudad andaluza, de una Andalucía melancólica, sin mantón de Manila ni castañuelas, sin guitarras ni coplas, sin macetas y sin flores en las rejas... una Andalucía soñolienta que se había adormecido bajo el bochorno de los trópicos.

No obstante, mientras así juzgaba deprimida corriendo a toda prisa por las calles, bruscamente, en una u otra parte, como un chispazo de luz inesperado, aparecía el prodigio de una ventana abierta, y en la ventana, tras la franqueza de la reja ancha, eran bustos, ojos, espejos, arañas rutilantes, palmeras, flores, toda una alegría intensa e interior que se ofrecía generosamente a la tristeza de la calle.

¡Ah! ¡la fraternidad, y el cariño y la bienvenida, y el abrazo familiar de las ventanas abiertas!... ¿Pero cuál era?... ¿cuál era?... ¿cuál era por fin la casa de Abuelita?...

Y de pronto, ante una casa ancha, pintada de verde, con tres grandes ventanas cerradas y severas, se detuvieron los autos. Mis primos bajaron a toda prisa, penetraron en el zaguán, empujaron la entornada puerta del fondo, y fue entonces cuando apareció ante mis ojos el patio claro, verde y florecido de la casa de Abuelita.

Era la primera impresión deslumbrante que recibía a mi llegada a Venezuela. Porque el patio de esta casa, Cristina, este patio que es el hijo, y el amante, y el hermano de tía Clara, cuidado como está con tanto amor, tiene siempre para el que llega, yo no sé qué suave unción de convento, y una placidez hospitalaria, que se brinda y se ofrece en los brazos abiertos de sus sillones de mimbre. Sobre la tierra fresca del medio, crecen todo el año rosas, palmas, novios, heliotropos, y el jazminero, el gran jazminero amable que subido en el kiosco todo lo preside y saluda siempre a las visitas con su perfume insistente y obsequioso. Junto a la puerta de entrada, a la izquierda, por el amplio corredor, se esparcen abundantes sobre mesas y columnas, la espuma verde de los helechos y las flechas erectas y entreabiertas de los retoños de palma. Al entrar aquella tarde y mirar el patio busqué por todas partes con los ojos, y fue a través de este bosquecillo verde, allá en el fondo del corredor, encuadrada por el respaldar de su sillón de mimbre, donde reconocí por fin la blanca cabeza de Abuelita.

Viendo entrar a mis primos, se habla puesto instantáneamente en pie y al distinguirme de lejos en el grupo que avanzaba, me llamó a gritos con la voz y con el temblor maternal de sus brazos abiertos:

—¡Mi hija, mi hija, mi hijita!

Y no quiero detallarte, Cristina, cómo, ni cuántos, fueron los abrazos y los besos que entre lágrimas me dio Abuelita, y me dio luego tía Clara, porque el detallarlos resultaría largo, monótono y repetido. Sólo te diré que hubo llanto, evocaciones, detallar minucioso de mi fisonomía, de mi cuerpo, de mis movimientos; nuevos besos, nuevas lágrimas, y el dulce nombre de mamá

siempre repetido que me cubría como un velo y me transformaba en ella ante el cariño torrencial, efusivo, indescriptible de Abuelita y de tía Clara. Yo me sentía también sorprendida, emocionadísima, y para cortar la escena, conteniendo las lágrimas, con los ojos turbios comencé a inspeccionarlo todo, arriba, abajo, y al ir reconociendo poco a poco las viejas cosas familiares me di a preguntar risueña por los predilectos de mi infancia:

—¿Y los canarios, Abuelita?... ¿Y la gata negra... aquella... aquella del lazo colorado?... ¿Y los pescaditos de la pila?... ¡Toma!... pero si ya no hay pila ni hay naranjos en el patio: ¡no me había fijado!

Tía Clara explicó:

—Todo está cambiado. La casa se reformó hace siete años antes de la muerte de Enrique. Mira: se quitó la pila, se puso el mosaico, se pintó al óleo, se decoró de nuevo, se cambió la romanilla³⁰ del fondo; pero los naranjos —añadió sonriendo— nunca estuvieron aquí sino en el otro patio... ¡y allá están todavía!

Volví la cabeza para mirar la nueva romanilla del fondo, y a su puerta vi agrupadas las cabezas más o menos negras y lanudas de las cuatro fámulas³¹ que constituyen el servicio doméstico de Abuelita cuyos ojos me contemplaban ávidos de curiosidad. Yo las abarqué a todas en una rápida ojeada indiferente. Pero como en la rapidez de la ojeada hubiese sentido la atracción de unos ojos, volví a mirar de nuevo y entonces, iluminada ya por el vivo chispazo del recuerdo, lo mismo que había hecho Abuelita un momento antes, yo también ahora, abrí efusivamente los brazos y corrí hada la romanilla exclamando a voces alegrísima:

—Ahí... ¡Gregoria! ¡Gregoria!... ¡Pero si eres tú, viejita linda!...

Y en un abrazo largo y fraternal de almas que se comprenden, Gregoria y yo sellamos de nuevo nuestra interrumpida amistad.

Porque has de saber, Cristina, que Gregoria, la vieja lavandera negra de esta casa, contra el parecer de Abuelita y de tía Clara, es actualmente mi amiga, mi confidente y mi mentor, pues aun cuando no sepa leer ni escribir la considero sin disputa ninguna una de las personas más inteligentes y más sabias que he conocido en mi vida. Nodriza de mamá, se ha quedado desde entonces en la casa donde desempeña el doble papel de lavandera y cronista, dada su admirable memoria y su arte exquisito para planchar encajes y blanquear manteles. Cuando yo era chiquita y me venía a pasar el día aquí en la casa de Abuelita, era Gregoria quien me daba siempre de comer, quien me contaba cuentos y quien a escondidas de todos me dejaba andar descalza o jugar con agua, atendiendo de este modo al bienestar de mi cuerpo y de mi espíritu. Y es que su alma de poeta que desdeña los prejuicios humanos con la elegante displicencia de los Filósofos Cínicos, tiene para todas las criaturas la dulce piedad fraternal de San Francisco de Asís. Este libre consorcio le ha hecho el alma generosa, indulgente, e inmoral. Su desdén por las conven-

30 *Romanilla*: Especie de cancel; (Venez.) celosía que se emplea en las casas.

31 *Fámula*: Criada, doméstica.

ciones la preservó siempre de toda ciencia que no enseñara la misma naturaleza. Por esta razón, además de no saber leer ni escribir, Gregoria tampoco sabe su edad, que es un enigma para mí, para ella y para todo el que la ve. Blanqueando manteles y planchando camisas, mira correr el tiempo con la serena indiferencia con que se mira correr una fuente, porque ante sus ojos franciscanos, las horas, como las gotas de la hermana agua, forman juntas un gran caudal fresco y limpio por donde viene nadando la hermana muerte. Como te he dicho ya, cuando yo era chiquita, me cuidó siempre con la ternura poética con que se cuidan las flores y los animales. Por eso, aquella tarde, al reconocerla asomada a la puerta de la romanilla, corrí hacia ella movida por el mismo impulso que hace temblar de alegría y de felicidad la cola agradecida de los perros.

Al sentirme entre sus brazos, Gregoria, cuyos sentimientos brotan siempre al exterior ensartados en los matices sonoros o delicadísimos de unas carcajadas especiales, sorprendida y feliz, salpicó un largo rato su risa intensa de emoción con estas pocas palabras:

—Dios la guarde!... ¡Dios la guarde!... ¡Haberse acordado de su negra!... ¡de su negra fea!... ¡de su negra vieja!..

Y tanto nos abrazamos, y tanto se rió Gregoria y tanto se prolongó la escena, que Abuelita tuvo que intervenir al fin:

—Bueno, Gregoria, ya basta, ya basta: ¡hasta cuándo! ¡Que empiezas con la risa, y no acabas de reírte nunca!

Y luego, cariñosa, Abuelita añadió dirigiéndose a mí:

—Ven tú, hijita, ven a quitarte el sombrero y a que te refresques un poco. Ven, vamos a que veas tu cuarto.

Apoyada ella en mi brazo y seguidas de todo el mundo atravesamos un pedazo de patio, cruzamos el comedor, y llegamos al segundo patio, aquí, al patio de los naranjos, donde se abre la puerta y la ventana de este cuarto silencioso y cerrado con llave desde el cual te escribo ahora.

En el umbral de la puerta nos detuvimos a mirarle.

A primera vista me pareció sonriente con sus muebles claros y su camita blanca. En aquella hora gris del crepúsculo llegaba a él, más intensamente que nunca, cierto encanto melancólico que parece desprenderse siempre de estos gajos verdes donde amarillean a veces las naranjas, y flotaba también en el ambiente ese olor a engrudo y a pintura fresca que tienen las habitaciones recién empapeladas. Inmóvil sobre el umbral, Abuelita, apoyada en mi brazo, empezó a explicar:

—Este cuarto era el de Clara. Lo amueblé para ella tal como está ahora hace ya muchos años..., cuando se casó María, tu Mamá. Antes dormían las dos juntas en una habitación más grande que está cerca de la mía. Clara ha querido ahora cedértelo todo. Como los muebles son blancos y alegres, es más natural que sean para ti...

—Mira, —interrumpió de golpe mi prima— es un milagro que tía Clara haya convenido en darte su cuarto y sus muebles. Con nosotros, antes, cuando veníamos aquí ¡era una exageración! No nos dejaba ni pasar siquiera porque decía que echábamos a perder los muebles y que de tanto entrar y salir se llenaba de moscas la habitación.

Tía Clara no contestó nada y Abuelita continuó:

—Sí; Clara te ha dejado su cuarto y se viene ahora cerca de mí al cuarto que era de su padre, de tu abuelo. Allí están todavía sus muebles, unos muebles de caoba muy cómodos y más serios que estos otros... Por supuesto que todo se pintó y se empapeló de nuevo para tu llegada. Mira, te pusimos a los dos lados de la cama los retratos de tu Papá y de tu Mamá para que te acompañen siempre. Este tocador era también de Clara; ella misma lo vistió de nuevo. ¡No sabes lo que ha trabajado para terminar el bordado antes de tu llegada! Anoche a las doce: ¡estaba cosiendo todavía!...

El tocador; los retratos; el flamante papel de las paredes; los muebles blancos; tía Clara; la observación de mi prima; todo me había ido produciendo una emoción suave. Había en el arreglo del cuarto profusión de detalles que demostraban una disposición minuciosa, un afán muy marcado de que todo resultase alegre, elegante, a la moda. Este esfuerzo hecho en un medio ambiente tan atrasado, tan añejo, me conmovía; y me conmovía sobre todo al comprobar lo poco que habían logrado realizar en mi el efecto deseado. Aquellos cuadros altos, simétricos, el bordado de colorines del tocador, el viso tan encendido, la cortina de la cama, la disposición de los muebles, todo, absolutamente todo, estaba contra mi gusto y mi manera de sentir. Me daban ganas de desbaratar el trabajo enteramente, de hacerlo otra vez a mi gusto, y pensando en lo que esta especie de vandalismo hubiese herido a la pobre tía Clara la consideré un instante profundamente, con lástima, con cariño intenso.

Durante la explicación de Abuelita, ella, no había dicho ni una sola palabra. En pie junto a la puerta, guardando silencio, tenía la callada y humilde desolación de las vidas que se deslizan monótonas, sin porvenir, sin objeto. Y sin embargo, bajo su pelo canoso, con su fisonomía alargada y marchita de cutis muy pálido, era bonita tía Clara y a pesar del vestido de raso negro recién hecho y pasado de moda, era también distinguida, con esa distinción algo ridícula que tienen a veces en los álbumes los retratos ya viejos.

Y mirándola así con agradecimiento y con ternura, en un segundo rapidísimo recordé cómo allá, en los tiempos de mi infancia, cuando yo venía a quedarme aquí con Abuelita, ella, tía Clara, se sentaba por las tardes en el sofá del salón y hablaba horas enteras con un señor que me daba caramelos y me hacía muñecos y gallitos con pedazos de papel. Yo solía jugar con aquellos gallitos sentada silenciosamente en el suelo, sobre la alfombra, mientras ellos dos, en el sofá, continuaban su charla que yo encontraba misteriosa en vista

de lo prolongada y lo monótona. Ahora por primera vez, después de tantos años, mirándola en pie junto a la puerta, recordé la diaria y olvidada escena, y recordándola pensé: «Si aquel señor, como no cabe duda, era el novio de tía Clara: ¿qué había sido de él?... ¿por qué no se casaron?... ». Y para demostrarle mi interés y la fidelidad con que había conservado su imagen a través del tiempo, estuve a punto de describirle la escena tal como la recordaba y de hacerle después la pregunta. Afortunadamente ya con la palabra en la boca me detuve aún a tiempo. Comprendí que podía haber en ello algún secreto dolor; que quizás el dolor se anidaría aún en las románticas ruinas de la cabeza gris y que iba sin duda a lastimarlo con la indiscreción de tal pregunta. Entonces, para expresarle mi cariño en otra forma, cambié brusca-mente de tema y dije sonriendo que todo, todo en el cuarto estaba precioso y que recibía con amor y con muchísima alegría aquellas cosas que por tanto tiempo la habían acompañado a ella.

Pero esto no era cierto. Cristina: ¡no! ... Mientras tal decía mirando primero la cabeza gris junto a la puerta, y mirando luego la blanca cortina de punto sobre la cama, tenía el alma oprimida de angustia, de frío, de miedo; ¡yo no sé de qué! y es que lúcidamente, en la faz de los muebles sentía agitarse ya el espíritu de aquella herencia que me legaba tía Clara... ¡Ah! ¡Cristina!... la herencia de tía Clara!... ¡Era un tropel innumerable de noches negras, largas, iguales que pasaban lentamente cogidas de la mano bajo la niebla de punto de la cortina blanca!...

Y por primera vez, en aquel instante profético, sintiendo todavía en mi brazo la suave presión del brazo de Abuelita, vi nítidamente en toda su fealdad, la garra abierta de este monstruo que se complace ahora en cerrarme con llave todas las puertas de mi porvenir, este monstruo que ha ido cegando uno después de otro los ojos azules de mis anhelos; este monstruo feísimo que se sienta de noche en mi cama y me agarra la cabeza con sus manos de hielo; éste que durante el día camina incesantemente tras de mí, pisándome los talones; éste que se extiende como un humo espesísimo cuando por la ventana busco hacia lo alto la verde alegría de los naranjos del patio; éste que me ha obligado a coger la pluma y a abrirme el alma con la pluma, y a exprimir de su fondo con substancia de palabras que te envió, muchas cosas que de mí, yo misma ignoraba; éste que instalado de fijo aquí en la casa es como un hijo de Abuelita y como un hermano mayor de tía Clara; sí; éste: ¡el Fastidio, Cristina!... ¡el cruel, el perseverante, el malvado, el asesino Fastidio!...

Pero este fastidio cruel que presentí por vez primera la tarde de mi llegada, este fastidio que me ha hecho analista expansiva y escritora, tiene una raíz muy honda, y la honda raíz tiene su origen en la siguiente reveladora

escena que voy a referirte y que ocurrió una mañana, a los dos o tres días de mi llegada a Caracas.

Sería a cosa de las once y media. Abuelita, tío Pancho, tía Clara y yo, nos hallábamos instalados hacia el fondo del corredor de entrada, allí mismo, en aquel bosquecillo verde que te he descrito ya; en donde se esparcen varios sillones de mimbre alrededor de una mesa; en donde vi blanquear el día de mi llegada la cabeza de Abuelita y en donde ella se instala diariamente con su calado, sus tijeras y su cesta de costura. Aquella mañana habíamos entrado por fin en plena normalidad, O sea que yo, luego de pasar dos días en una especie de exhibición ante las relaciones góticas³² de Abuelita, es decir, ante un reducido número de personas de ambos sexos más o menos uniformadas en cuanto a ideas, vestimenta y edad, las cuales acudieron a conocerme y a felicitar a Abuelita por mi feliz llegada, y las cuales, durante unas visitas muy largas, me hicieron todas con ligerísimas variantes, los mismos cumplidos y las mismas preguntas, aquella mañana, digo, terminado ya el desfile, yo había podido al fin entregarme a mi libre albedrío y a mis personales ocupaciones. La mañana, dedicada por entero al arreglo de mi cuarto, había sido muy bien aprovechada. Al dar las once me hallaba cansada y satisfecha, porque hermanando el espíritu de conquista al espíritu de conciliación, había logrado imponer mi gusto moderno y algo atrevido, sobre el gusto rutinario, simétrico y cobardísimo de tía Clara. Sin herir susceptibilidades la obra primitiva se encontraba ya reformada, y bajo la presidencia de dos muñecas parisienses, rubias, petulantísimas, y vestidas de seda que esponjaban como pantalla sus dos crinolinas, rosa la una y verde la otra, sobre mi mesa de noche y sobre mi escritorio, el cuarto se veía ahora bastante contemporáneo y bastante bien. Poco después de las once, vinieron a avisarme que tío Pancho había entrado a saludarnos como suele hacer cuando vuelve a esa hora del Ministerio de Relaciones Exteriores donde desempeña un empleo. Al tener noticias de su llegada, dejé al punto de contemplar mi obra, y fue entonces cuando entre helechos y palmas, hacia el fondo del corredor de entrada, me instalé en tertulia con él, con Abuelita y con tía Clara.

Como era sábado, día de repasar, tía Clara se hallaba ante una cesta llena de medias y de ropa, zurciendo una servilleta de hilo ya muy vieja y usada; Abuelita, inclinándose mucho sobre las rodillas calaba uno de esos pañuelos de seda que doblados luego en cuatro, atados con un lacito, y puestos en una caja de cartón, distribuye el día de su santo a los nietos; tío Pancho, sentado en una mecedora, fumándose un tabaco refería una historia muy interesante que hacía detener de pronto el calado de Abuelita o el zurcido de tía Clara y que a mí no me interesó nada porque trataba de personas que me eran completamente desconocidas. Mirando las matas del patio descansaba con fruición de la doble fatiga moral y material ocasionada por el arreglo de mi cuarto, reflexionando al mismo tiempo cuál sería la manera más eficaz de desviar el

32 *Gótico*: Se usa metafóricamente para caracterizar estas relaciones como personas viejas (vejstorias), de ideas anticuadas.

curso de aquella conversación que me aburría. De pronto dije atropellando resueltamente la interesante historia:

—Oye, tío Pancho, quiero comunicarte un proyecto; ¡vamos a ir de paseo a Los Mecedores, los dos; hoy, mañana, pasado, cuando a ti te parezca! Me siento romántica. Tengo unos deseos inmensos de presenciar un crepúsculo acostada sobre la hierba, en pleno aire, mirando desde abajo la copa de los árboles y, detrás de los árboles, el cielo; ¡deseo muchísimo ver otra vez Los Mecedores! Recuerdo que cuando chiquita me llevaban allí a hacer ejercicio y me gustaba mucho. Tomábamos el tranvía y llegábamos cerca de una iglesia que se llamaba... ¿cómo era?...

—La Pastora.

—Eso es. ¡Pues vamos a ir un día a Los Mecedores, los dos!... ¡Ah! y a propósito, Abuelita, ¿cuándo vamos a la hacienda de papá, a San Nicolás?... ¿Es tío Eduardo quien la administra siempre, verdad?...

Aquella pregunta que había sido hecha con entera naturalidad y alegría, se quedó durante un rato como suspendida en el espacio, y hubo un silencio, Cristina, un silencio intenso y trágico durante el cual Abuelita y tía Clara sin levantar la cabeza de la costura, levantaron la vista y se miraron un instante por encima de los ojos redondos de sus respectivos lentes. Luego, volvieron a la costura, y fue entonces cuando Abuelita, cosiendo y sin mirarme se decidió a hablar en un tono muy dulce y conmovido:

—San Nicolás es de Eduardo, mi hija.

Y esto lo dijo con la misma compasión con que se le habla a los niños muy pobres cuando quieren comprar en las tiendas un juguete de lujo. Después de la frase compasiva y breve, hubo otro silencio mucho más largo, más intenso y más trágico que el anterior. Era el silencio horrible de la revelación. Envuelta en la voz de Abuelita, la verdad se había presentado a mi espíritu tan clara y terminante que no pedí ninguna explicación, ni hice ningún comentario. Comprendí que debía ser irremediable y decidí aceptarla desde el principio con valentía y con altivez. Sin embargo, Cristina, las consecuencias que surgían en tropel de aquella revelación eran demasiado enormes para que yo me las viese al momento y para que su vista no desencadenase en mi alma una horrible tempestad interior. ¡San Nicolás era de tío Eduardo! No sabía cómo, ni por qué, pero ¡era de tío Eduardo! por lo tanto, yo, que me creía rica, yo, que había aprendido a gastar con la misma naturalidad con que se respira o se anda, no tenía nada en el mundo, nada, fuera de la protección severa de Abuelita, que se inclinaba ahora sacando la aguja por entre las hebras del pañuelo de seda, y fuera del cariño jovial de tío Pancho, que también callaba enigmático recostado en la mecedora, apretando entre los dientes el tabaco encendido y oloroso... Con mis ojos espantados les miré a los dos y seguí luego contemplando interiormente la horrible noticia que se abría de golpe ante mí porvenir, como una ventana sobre una noche lúgubre: ¡la pobreza! ...

¿Comprendes bien, Cristina, todo lo que esto significaba? ... Era la dependencia completa con todo su cortejo de humillaciones y dolores. Era el adiós definitivo a los viajes, al bienestar, al éxito, al lujo, a la elegancia, a todos los encantos de aquella vida que había entrevisto apenas durante mi última permanencia en París, y a la que aspiraba yo con vehemente locura. Era también el adiós definitivo para ti y para tantas otras cosas y personas que no había conocido nunca y que presentía esperándome gloriosas por el mundo... ¡el mundo!... ¿sabes? ... ¡todo el caudal de felicidad y de alegría que se agita más allá de las cuatro paredes de hierro de esta casa de Abuelita!... ¡Ay! la alegría, la libertad, el éxito ¡ya no serían míos!... Y ante semejante idea, sentí que un nudo me apretaba espantosamente la garganta y que un torrente de lágrimas me asediaba impetuoso y terrible

Para poder disimular y contener las lágrimas empecé por bajar los ojos y clavarlos en el suelo. Allí, me di a contemplar fijos sobre el mosaico los zapatos de Abuelita, tía Clara y tío Pancho. No sé por qué me pareció que aquellos zapatos tenían una fisonomía especial y que con ella me estaban mirando. Es muy curioso el observar, Cristina, cómo en los momentos de crisis aguda los objetos que nos rodean se animan de vida. Hay veces que parecen hacerse cómplices del mal que nos tortura; otras, por el contrario, nos miran con una intención cariñosa y triste como si quisieran consolarnos. En aquel instante me pareció que aquellos seis zapatos en sus diversos aspectos o actitudes, tenían todos la expresión uniforme que tienen los públicos. Y era una expresión no sé si de burla o de lástima. Ambas cosas me desagradaban igualmente; pero como quería triunfar de mi emoción me dije que se burlaban de mí. Juzgué mi situación ridícula. Recordé la mirada de inteligencia que habían cambiado Abuelita y tía Clara por encima de sus lentes. Pensé que si tenía una crisis de llanto, ellas la referirían sin duda a tío Eduardo, me imaginé a tío Eduardo comentándola a su vez con su mujer y sus hijos; y enardecido terriblemente mi orgullo ante esta última imagen, acabé por triunfar de mi gran emoción. Entonces, para asumir al punto una actitud cualquiera, alcé la cabeza, miré a los circunstantes, respiré con violencia, exclamé:

—¡Ay! ¡qué calor!

Y levantándome del asiento que ocupaba, me senté de un salto con mucha agilidad sobre una mesita o columna dedicada a sostener una de las grandes macetas de palma que en aquel instante tomaba el aire y el sol en el patio; una vez allí, me puse la mano izquierda en la cintura y me di a balancear el pie derecho con un movimiento acompasado de péndulo, cuyo extremo llegaba hasta hacer chocar la punta de mi zapato contra el borde de aquella mesa de mimbre alrededor de la cual se hallaban Abuelita, tía Clara y tío Pancho. Sentía que semejante actitud debía darme un aspecto de absoluta despreocupación y balanceaba el pie con estoicismo, con orgullo y con convicción.

Pero todo esto que detallado aquí parece larguísimo había ocurrido

apenas en el breve espacio de un minuto. Bajo el rítmico balanceo de mi pie los tres circunstantes continuaban aún en completo silencio e inmovilidad. Sólo Abuelita, optó de repente por levantar los ojos del calado, me observó unos segundos y como mi actitud pareciese convencerla del todo, volvió a bajar la vista y siguió calando con mucha tranquilidad el pañuelo de seda. Se imaginó cándidamente que la noticia anunciada por ella como una bomba, me tenía sin cuidado. Eso era lo que yo quería y por lo tanto me sentí satisfecha. Pero te aseguro, Cristina, que desde aquel momento, Abuelita comenzó a desprestigiarse muchísimo ante mis ojos. Comprendí que tenía muy poca penetración y que carecía en absoluto de sutileza psicológica. En el fondo me alegro de que así sea. Es muy incómodo vivir con personas dotadas de penetración y de sutileza psicológica. Se pierde en absoluto la independencia y no es posible engañarlas jamás porque todo lo ven. Sin embargo, Abuelita tiene entre sus relaciones fama de gran inteligencia. ¡Ah! pero desde ese día cuando me dicen a mí: «el talento de tu Abuela» yo exclamo inmediatamente en mi fuero interno: «¡No es verdad, no tiene ninguno!».

Como te decía, Abuelita, luego de observarme sin hacer comentario, volvió a su costura, enhebró la aguja que se le había desenhebrado, dio unas cuantas puntadas, levantó otra vez la cabeza, volvió a observarme y entonces dijo:

—María Eugenia, hija mía, oye: eres distinguida, bien educada, tienes bastante instrucción, sabes presentarte correctamente, y sin embargo algunas veces tomas esos modales de muchacho de la calle. Mira: en lugar de sentarte en una silla cómo los demás, estás sentada ahí arriba, al nivel de mi cabeza en esa columna que se puede venir abajo con tu peso. Se te ven las piernas hasta las rodillas, tienes una mano en la cintura lo mismo que las sirvientas, y estás balanceando el pie con un movimiento vulgarísimo... Además, fíjate, mira, al darle así a la mesa con la punta del zapato echas a perder a un tiempo las dos cosas: la mesa y la punta de tu zapato nuevo...

Terminada esta exhortación dejé de balancear el pie y me quité la mano de la cintura, pero como sentía una necesidad violenta de destruir algo, sin bajarme de la columna, cosa que hubiera sido demasiada obediencia, empecé a surcar con la uña una hoja de palma que para desgracia suya se encontraba a mi alcance. Abuelita entretanto había vuelto a sumirse en el calado y callaba de nuevo. Su pensamiento debió caminar ahora por el terreno de los asuntos económicos, porque al cabo de un rato dijo con entera naturalidad:

—Se me olvida siempre preguntarte, María Eugenia: ¿trajiste los diez mil bolívares que te giró Eduardo a París por medio de Antonio Ramírez? ... Con el cambio me parece que alcanzaban a unos cincuenta mil francos...

—Sí; en efecto, cincuenta mil francos, de los cuales, Abuelita, la última moneda de oro la cambié en la Habana. Por cierto que si no va tío Eduardo a buscarme a bordo, te advierto que de mi propio peculio no hubiera podido

pagar quien me cargase una maleta —y balanceando otra vez el pie, pero con impulso tan fuerte que estuve a pique de irme para atrás con columna y todo añadí—: ¡No me quedó ni un céntimo, ni medio céntimo, ni un cuarto de céntimo! ¡Nada! ¡nada! ¡¡nada!!

Abuelita soltó el pañuelo, el dedal, la aguja, y se quitó los lentes espantada:

—Gastaste todos los diez mil bolívares?... ¿los tiraste a la calle?... ¡Ave María! ¡qué locura!... Si se lo dije a Eduardo: “No mandes ese dinero sin advertir antes a Ramírez” pero se empeñó en girarlo por cable y ¡aquí está el resultado!... ¡De modo que gastaste los diez mil bolívares!... Pero dos mil fuertes³³ colocados al nueve te hubieran producido unos quince fuertes mensuales, mi hija: tal vez se hubieran podido colocar al diez, hasta al doce y hubieran sido entonces ochenta o cien bolívares al mes. . . piensa... hubieras tenido algo, muy poco, una miseria, pero en fin algo, ¡algo para gastos de bolsillo siquiera!... Ese dinero se mandó a París, sólo por previsión, en caso de un accidente, de una enfermedad. Un mes antes se había girado al consulado una letra para tu viaje, para pagar cualquier gasto extraordinario que hubiera ocasionado la muerte de tu padre y para tu luto. ¡Era más que suficiente!

¡Ah! el celo extremado de Abuelita hacia aquellos dos mil fuertes, último jirón de mi patrimonio, me crispaba horriblemente los nervios, ahora que ante mis ojos acababan de esfumarse los muchos miles que representaba San Nicolás. Mientras ella hablaba exaltadísima, yo, que me encontraba ahora sobre la columna, inmóvil y heroica como el Estilita³⁴, tuve de pronto el firme presentimiento de que tío Eduardo había rendido con mi herencia las cuentas del Gran Capitán³⁵, y sentí una rabia espantosa. Esta rabia alcanzó su período álgido cuando Abuelita dijo: «hubieras tenido muy poco, una miseria, pero en fin, algo, algo... » y como me imaginase al punto la cabeza antipática de tío Eduardo, me apresuré a insultada con toda mi alma, dirigiéndole en pensamiento y de carretilla³⁶ los siguientes apóstrofes: «Viejo avaro,³⁷ ladrón, canalla, cursi, gangoso, escoba vestida de hombre» e injustamente, hice a Abuelita cómplice de mi desgracia. Entonces, con el objeto de molestarla de cualquier manera, cuando terminó de hablar, fingiendo buen humor, exclamé alegrísima:

33 *Dos mil fuertes*: El 24 de junio de 1918 hubo una nueva Ley de Monedas en Venezuela, que estableció el bolívar como una cantidad de 0,290323 gr. o 290.323 millonésimas de gramo de oro. Un año después, en 1919, se acuñó por primera vez la moneda de cinco bolívares de plata, que también se llamaba el «fuerte.» Un fuerte, entonces, valía cinco bolívares.

34 *El Estilita*: De «stylos», columna, en griego. Se refiere a San Simeón (ca.400-459), asceta de Cilicia, cerca de Tarso (hoy día, Turquía), quien ya famoso por su santidad y para evitar la distracción de la gente que venía a pedirle consejos, mandó construir una columna de 17 metros de alto para vivir en soledad encima de ella. Allí vivió los últimos 37 años de su vida, aunque la gente siguió visitándolo.

35 *Las cuentas del Gran Capitán*: Cuentas arbitrarias para disfrazar grandes gastos. Proviene de una anécdota sobre Gonzalo Fernández de Córdoba (1453 -1515), militar al servicio de los Reyes Católicos y conocido como «El Gran Capitán.»

36 *De carretilla*: Sin reflexión y de memoria.

37 *Viejo avaro*: Aquí la primera edición agrega «judío»; esto y otros casos de la palabra «judío» utilizado como un insulto antisemita fueron eliminados por la autora en la segunda edición, de 1928.

—¡Ay! Abuelita, Abuelita ¡y cómo se conoce que no has estado nunca en París! Yo me hice mis vestidos de luto en Biarritz; ¡claro! pero lo que pasa siempre: te haces un vestido nuevo, llegas a París y parece viejo... Mira, en París, Abuelita, no me puse ni una vez los vestidos de Biarritz, ni los estrené, ni me molesté en guardarlos siquiera, porque su vista, sí, el verlos nada más de lejos, colgados en el armario me repugnaba: olían a colegio, a ingenuidad, a burguesía, ¡qué horror! ¡Ah! fue en París, Abuelita, donde ya aprendí a vestirme, donde sentí de lleno esta revelación del chic!... Los vestidos de Biarritz que eran más o menos... ¡pss! ... diez o doce, se los regalé todos a la camarera del hotel... como eran negros, a la camarera le quedaban bastante bien, con la cofia de batista y esos delantalitos de...

Abuelita me interrumpió desesperada, y con los lentes trémulos, enarbolados en la mano derecha, exclamó varias veces, en ese tono trágico en que se lamentan las catástrofes irremediabiles:

—Qué locura, Señor, qué disparate, cincuenta mil francos en trapos cuando ya estaba equipada para el viaje!

—Pero no viste ayer mis vestidos, mis sombreros, mis medias, y mis combinaciones de seda, o crees acaso, Abuelita, que eso se regala en París? ... Si demasiado barato lo compré todo! aquello representa lo muy menos... lo muy menos: ¡ochenta mil francos! ... A ver, tú, tú, tío Pancho, que según dices has pagado muchos sombreros en París, di: ¿están caros mis sombreros? ¿están caros?...

Y esta última pregunta la hice con tantísima vehemencia que estuve de nuevo a punto de caerme de la columna, pero esta vez de narices y en dirección a tío Pancho. El me consideró un instante y respondió evasivo envolviendo la respuesta en una bocanada de humo:

—Acuérdate que todavía no me has enseñado tus sombreros, María Eugenia.

—Bueno: pues mira; lo más elegante, lo más bonito, lo más «*dernier cri*»³⁸, que has visto en tu vida. ¡Figúrate que llamaban la atención en París! ... Y como yo tenía con ellos tanta personalidad, tanta *allure*³⁹, pues no me llamaban sino «Madame»... sí; ... «Madame Alonso».

—¡Ay! María Eugenia—dijo Abuelita asustada desmayando sobre la falda la mano de los lentes— ¡quién sabe hija mía, quién sabe por lo que te tomaban! Y para hacer ese papel tan triste botaste tu dinero!

—¿Cómo, para hacer ese papel tan triste? Mira, Abuelita, cuando se tiene dinero en París, y ese dinero se bota, como tú dices, pasas a ser más que un rey y más que un emperador. Te parece que todo es tuyo. La plaza de la Concordia, por ejemplo, es como si fuera... ¡pss! el patio de tu casa, los Campos Elíseos el zaguán de entrada, el Bosque de Bolonia tu corral, total, que acabas por convencerte de que vives en una especie de hacienda tuya en donde todo el que pasa está a tus órdenes para lo que quieras mandar. La prueba de lo

38 *Dernier cri*: (fr.) Último grito, a la última moda.

39 *Allure*: (fr.) Apariencia, por lo general atractiva.

que te estoy diciendo es esto que me ocurrió una de esas mañanas de sol en que uno se siente muy alegre: iba yo subiendo hacia la Estrella cuando mi taxi se quedó estacionado en plenos Campos Elíseos porque estaban arreglando la calzada y la circulación se hacía difícil. De pronto, gran sensación, pasaba el Presidente de la República con comitiva de ministros llenos de coronas y discursos que se iban a celebrar una de sus eternas ceremonias ante la tumba del soldado desconocido. Bueno ¿tú crees que me impusieron ellos a mí, o que me dieron ni por un segundo la sensación de mando? ¡Todo lo contrario! Como éstos del gobierno tienen por lo general un aire tan desgraciado y llevan tan mal la ropa ¿sabes lo que les grité en pensamiento desde mi taxi parado? Pues saqué la cabeza y les dije así con mucho cariño: ¡Adiós el mayordomo y el peonaje! Y a ver por Dios cuándo me acaban de arreglar el piso que es una vergüenza lo que dura ya esto, aquí me quedo todos los días como están viendo, y llego en retardo para mis pruebas que son por lo general cosas de muchísimo apuro. Y a ver también si aprenden a tener un poco más de gracia, y que se afeiten tanto bigote que eso ya no se usa, y que se adelgacen, y que crezcan. ¡*Abur!*⁴⁰ ¡Recuerdos al Desconocido!⁴¹

—María Eugenia —interrumpió Abuelita—, mi Madre decía siempre que Dios nos toma en cuenta las tonterías y las palabras inútiles. Según eso, mi hija, tú, vas a tener mucha cuenta que entregarle a Dios,

Yo volví a la anterior conversación y seguí enumerando mis gastos:

—Bueno, además de los sombreros, el calzado todo a medida; añade los *déshabillés*⁴²; añade la *liseuse*⁴³ de encaje, añade el kimono negro... ah!, y sobre todo: ¡los regalos!... se me olvidaba, los regalos me costaron carísimos ... Fíjate, Abuelita, fíjate en la etiqueta de las cajas, todas cosas finas de la rue de la Paix... ¡Ah!, ¿es que yo no regalo pacotilla!

—Ah! no, no regalas pacotilla —volvió a decir Abuelita sulfurada, enarbolando otra vez los lentes—. ¡Sí me parece que estoy oyendo a tu Padre! ¡Qué caracteres de despilfarro! ¿Pero tú te imaginas, hija mía, que puede causarme algún placer ese saco de mano que me trajiste, ahora que sé de dónde salió y lo que te costaría?

—Pero yo tuve gusto en regalártelo y eso me basta! ... ¡Ah! ¡si supieras lo que yo aproveché mi dinero! ¡si supieras lo que me encanta probarme vestidos y más vestidos... Mira, me iba a casa de Lelong⁴⁴ quien, te advierto entre paréntesis, siendo de lo más chic, tiene precios bastante moderados, pues yo soy económica aunque tú no lo creas. Bueno, me iba a casa de Lelong: ¡y a

40 *¡Abur!*: Interjección familiar de despedida, equivalente al ¡adiós!

41 *¡Recuerdos al Desconocido!*: Todo este largo párrafo, comenzando con « — ¿Cómo, para hacer ese papel tan triste?, » no está en la primera edición, de 1924; sólo se añade en la segunda, de 1928.

42 *Déshabillé*: (fr.) Bata, prenda larga y abierta adelante para uso de entrecasa.

43 *Liseuse*: (fr.) Prenda interior abrigada que cubre busto y brazos (camiseta).

44 *Lelong*: Lucien (1889-1958), célebre modista francés en cuya casa se iniciaron Christian Dior y Hubert de Givenchy. Entre 1918 y 1948, su casa atendió a la alta sociedad europea. En la primera edición de la novela, de 1924, en lugar de Lelong aquí, figura Lanvín (Jeanne, 1867-1946), modista que vestía a las actrices Mary Pickford y Marlene Dietrich en los años '20 y '30, y también a las reinas de Italia y de Rumania.

probarme!... que éste sí; que éste también; que aquél me queda que es una maravilla; que este otro me queda todavía mejor; y la vendedora que decía admirada: «¡Con ese vestido parece una Reina! ... pero le advierto que es el más caro de todos... » y yo, que respondía con este ademán así de millonaria elegante: «El precio es lo de menos!», y a ver más modelos, y a tiendas, y a correr bulevares, arriba, abajo, sola, sola, solita, de mi propia cuenta! ... ¿Crees, crees, Abuelita, que cambio esos días de libertad por tener veinte miserables fuertes mensuales?... ¡Ah! ¡no, no y no!...

—Sí; ya sabía por Eduardo, a quien se lo contaron en La Guaira, que andabas sola por las calles de París, y eso me contrarió muchísimo. No comprendo cómo Ramírez, un hombre sensato, pudo autorizar jamás semejante locura. ¡Una niña de dieciocho años, sola de su cuenta, en una capital como ésa! ¡Qué disparate! ¡Qué peligro!... ¡Cuando lo pienso!... Y no te figures que aquí en Caracas puedes hacer lo mismo...

—Ah! ¿de modo que esas eran «las ocupaciones» que tenía tío Eduardo en La Guaira? Andar averiguando lo que yo hice en París para venir a contártelo a ti. Quiere decir que también es espía y chismoso. ¡Con aquella cara de mosca muerta!

—¡Eso no es chisme! Era su deber advertirme, así como también es mi deber aconsejarte que no vuelvas nunca a cometer semejante imprudencia.

Tío Pancho y tía Clara, con ese tacto sutil que tienen las almas muy buenas, sí debieron sentir la tempestad subterránea que se desarrollaba en mi alma, bajo aquella discusión trivial con Abuelita. Respetaban los dos mi dolor con su silencio; ella muy abismada en el pasar de la aguja por la trama del zurcido; él distraído, echado hacia atrás, la cabeza sobre el respaldo de la mecedora, siguiendo con una mirada vaga las figuras alargadas y tenues, que el humo del tabaco iba forjando en el aire. De pronto se levantó; tiró la colilla entre las matas del patio, se quedó un rato pensativo, se vino luego hacia mí, se paró frente a la columna con los pies separados, las dos manos en los bolsillos del pantalón, la chaqueta recogida tras la actitud de los brazos y así, entre irónico y festivo, intervino al fin:

—¿Te divertiste con tus cincuenta mil francos? ... ¿Sí? ... ¿bastante? pues entonces estuvieron ¡muy bien gastados! .. Ah sobrina, no sabes tú la serie de cheques de a cincuenta mil francos, que gasté yo en París, y como a ti: ¡no me pesa! Más vale gastar el dinero en divertirse, que gastarlo en malos negocios de los cuales se aprovecha infaliblemente un tercero. Al menos divirtiéndose con él no se corren riesgos de hacer el papel de imbécil...

Pero Abuelita y tía Clara, con gran vehemencia le cortaron la palabra a tío Panchito, por medio de dos distintas objeciones. Tía Clara dijo:

—¡Pero cómo te figuras, Pancho, que María Eugenia podía divertirse en París, cuando el cadáver de su padre estaba todavía caliente como quien dice! ... ¡No la creo tan sin corazón!

Y Abuelita por su lado, dominando la voz de tía Clara se puso a decir exaltadísima:

—¡Eso faltaba, Pancho, eso no más faltaba, que vinieras tú ahora a predicarle a esta niña tus doctrinas corrompidas! ¿Por qué no le aconsejas también que beba, o que se ponga morfina o cocaína ahora que no tiene cómo gastar?

Tío Pancho, sin modificar su actitud se volvió ligeramente hacia Abuelita y dijo con mucha calma:

—Supongamos, Eugenia, que esta niña, movida por un espíritu de economía y de prudencia llega a Caracas con su cheque de cincuenta mil francos sin cobrar... ¿Qué hubiera sucedido? Usted, en su justa afán de acrecentar la suma, se entusiasma con tal o cual negocio que tiene Eduardo en San Nicolás. En una siembra de algodón, de tabaco, o de papas, un negocio seguro, segurísimo... Eduardo cede generosamente a María Eugenia un tablón de la hacienda; se planta la semilla, pero viene un invierno, un gusano o la langosta; precisamente, es del tablón de María Eugenia del que se encapricha la plaga y: «De profundis clamavi ad te Dómine... »⁴⁵ ¡no quedan de él ni cenizas! ... ¿no es mil veces mejor que haya entonces empleado su dinero en divertirse? ... ¡Ah! en negocios de agricultura, que son los que hasta ahora hemos acostumbrado hacer en la familia, resulta que las calamidades y los malos precios se alían siempre contra el ausente, la mujer o el menor, quienes pierden indefectiblemente... Ocurre. . . ¡lo natural! ... lo que ocurrió en el cuento de aquel almuerzo celebrado entre marido y mujer: ¡la ración del ausente es siempre la que se come el gato!

Aquello era una explicación clarísima de lo que yo quería saber y como resultó ser lo mismo que había sospechado, sonreí placentera y exclamando interiormente:

—No lo dije!

Y creo sin duda ninguna, que me habría bajado de la columna para abrazar a tío Pancho por su valiente acusación, si no fuese porque Abuelita, enardecida quizás por mi presencia y mi sonrisa, se había erguido terrible contra el respaldo de su sillón de mimbre, y así, erguida, terrible, lastimada en lo más vivo de su amor de madre, estalló con la arrogancia de una leona:

—Eso no puedo tolerarlo, Pancho, que aquí, en mi casa, en mi presencia, frente a mí, te atrevas a expresarte de Eduardo en esa forma y muchísimo menos todavía que lo desprestigies delante de esta niña, con quien ha sido él, demasiado lo sabes, tan bueno y tan generoso como un mismo padre!

¡Por decir cosas que tú supones graciosas no respetas nada, ni lo más santo, ni lo más sagrado! ¡Creo que Eduardo ha dado en su vida suficientes pruebas de ser un hombre íntegro y honrado! ... ¡Ha levantado una familia honorable, ha pasado su vida trabajando, nunca se ha arrastrado en política, ni como hacen otros, ha avergonzado jamás a su familia entregándose a la bebida y al juego! ...

45 *De profundis clamavi ad te Dómine:* (lat.) Comienzo del Salmo 129 de David: «Desde las profundidades te llamé, oh Señor.» Se refiere a alabar a Dios aún en medio de las dificultades.

Y al hablar así Abuelita estaba imponente y magnífica.

Porque sucede, Cristina, que Abuelita, quien jamás sale a la calle; rodeada como está siempre por el ambiente solariego⁴⁶ de esta casa, encastillada en sus ideas de honor; aureolada por sus años y su virtud austera, tiene realmente el prestigio de las grandes señoras que infunden en cuantos las rodean un respeto profundo. Del trato con mi abuelo, su marido, que fue poeta, historiador, ministro y académico, adquirió un ademán distinguido en el decir y la palabra fácil y elegante, circunstancias que le han valido sin duda ninguna su gran fama de inteligencia. En aquel instante, defendiendo a su hijo de las sospechas que las palabras de tío Pancho hubieran podido despertar en mi espíritu, estaba como te digo, soberbiamente altiva. Sus ojos ya apagados de ordinario, brillaban ahora encendidos por el fuego de la santa indignación, y enarcados por las cejas severas, realzados por la majestad de los cabellos blancos, infundían temor.

Y no puedo negarte que durante un instante olvidé mi propio infortunio para admirar a Abuelita: la admiré con sorpresa, con veneración y con orgullo, por la majestad y por la elegancia que tenía para indignarse.

Pero en cambio, tío Pancho, que como te he dicho ya es insensible a la elocuencia y a cualquier otra de estas manifestaciones sublimes en que suelen exteriorizarse la cólera, el entusiasmo, o la desaprobación, permaneció impasible. Cuando Abuelita remató su brillante apología de tío Eduardo con aquella frase alusiva e hiriente: «No ha avergonzado jamás a su familia entregándose a la bebida y al juego... », tío Pancho, este tío Pancho que es inmovible, sin decir ni una palabra, siguió inmóvil frente a Abuelita, con sus dos manos en los bolsillos, indiferente, apacible, silencioso, contemplando sobre el patio la inmensidad del espacio, como una roca erguida frente a un mar tempestuoso. Estoy cierta que pensaba:

—Y para qué contestar?... ¿De qué sirven las palabras?... ¡Si también son paravanes, mentiras, monedas falsas! ...

Pero esto no lo dijo sino que debió reflexionarlo mientras callaba, durante la larga pausa que siguió a la indignación de Abuelita, como la calma sigue a la borrasca. Luego, en la misma actitud reflexiva y silenciosa dio unos cuantos pasos por el corredor; pero a poco se detuvo, sacó el reloj del bolsillo de su chaleco, lo miró, exclamó:

—Diablo!, si ya van a dar las doce!

Y muy tranquilamente, como si nada hubiese ocurrido tomó del colgador su bastón, su sombrero; se puso el sombrero; se asomó un segundo al espejo angosto del colgador; se despidió sonriente:

—¡Hasta mañana!

Sonó la puerta de la calle que se cerró tras él, y los pasos se fueron apagando por el zaguán y la acera.

46 *Solariego*: De *solar* (casa) o linaje de antigüedad y nobleza.